

J O S É M A R T Í

OBRAS COMPLETAS

ORDENADAS Y PROLOGADAS

POR

ALBERTO GIRALDO

VOLUMEN IV

Libertad



EDITORIAL ATLÁNTIDA

MENDIZÁBAL, 42

MADRID

MÉTODOS DEMOCRÁTICOS (1)

(Resoluciones tomadas por la emigración cubana de Tampa el día 28 de noviembre de 1891.)

Congregadas ya, después de los diez años de unificación que debían seguir a los primeros diez años de escarmiento, todos los elementos de resolución y prudencia, cuya obra discreta y generosa se requiere para fundar, con los restos de una colonia de esclavos

(1) El partido revolucionario cubano no fué ciertamente la obra exclusiva de la emigración cubana de Tampa ni de Cayo Hueso, ni de ninguno de nuestros centros de agrupaciones determinadas. Ha sido el resultado de una necesidad, harto sentida, que tenía que manifestarse en cumplimiento de las eternas leyes del progreso, para realizar en la práctica la aspiración de nuestro pueblo, al romper todo vínculo político con su metrópoli incorregible, y constituirse en nación independiente, libre y soberana.

Mas para llevar a cabo tan rudo empeño teníanse que armonizar los trabajos, acercar los elementos, consolidar las voluntades, y, dando al olvido pasadas diferencias,

vos sobre esclavos, un pueblo útil y pacífico de hombres verdaderamente libres;

Conocidas ya todas las causas que contribuyeron a la suspensión de la guerra indispensable para conquistar a un país la libertad que destruiría los privilegios arraigados de los que se hubieran de conceder;

Unánimes ya, por su propio impulso, y aparte de todo dictamen personal, o móvil de vergüenza estéril, o mera tentación de fanatismo, los factores de acción que hubieran podido dejarse deslumbrar por la impaciencia heroica, o el deseo prematuro, o la guía interesada;

Vencido ya, después de la espera vigilante y generosa, el término de prueba que la diseminación de los factores revolucionarios hacía inevitable y aconsejaba la sagacidad y la justicia, de la política inútil y disolvente de reformas locales bajo el poder que ve su desaparición gradual en ellas;

Extremadas ya bajo un gobierno incorregible la

poner todos las manos trabajadoras en la noble tarea de levantar el monumento de la patria.

¿Quién debía realizar la magna empresa? El destino de Cuba.

José Martí, como predestinado para interpretar debidamente el sentimiento de su pueblo, acepta cordial invitación del club benemérito "Ignacio Agramonte", y viene a Tampa.

De una fiesta patriótica literaria hizo el pedestal de la revolución; de su discurso excepcional salió la idea de la organización de los separatistas, y en su visita a estos emigrados humildes se echaron los cimientos del grandioso edificio de nuestras libertades.

Cayo Hueso imita a Tampa: llama al predestinado, y su voz se escucha con cariño y unión republicana por aquellos patriotas integérrimos.

Tampa y Cayo Hueso se unen por el amor y el sentimiento.

En Tampa (1891), Ramón Rivero y Rivero presenta a

obra de empobrecimiento y corrupción del carácter nacional, y el ansia justa de las emigraciones, capaces y ordenadas, de acudir en tiempo con su ayuda a la reconstrucción y salvación de un país que no tiene establecido recurso alguno viable o probable para salvarse;

Los emigrados de Tampa, unidos en el calor de su corazón y en la independencia de su pensamiento, proclaman las siguientes

RESOLUCIONES:

1.ª Es urgente la necesidad de reunir en acción común, republicana y libre, todos los elementos revolucionarios honrados.

2.ª La acción revolucionaria común no ha de tener propósitos embozados, ni ha de emprenderse sin el acomodo a las realidades y derechos y alma democrática del país que la justicia y la experiencia aconsejan, ni ha de propagarse o realizarse de manera que justifique, por omisión o por confusión, el temor del país a una guerra que no se haga como

la magna asamblea del Liceo Cubano las resoluciones, aclamadas por el pueblo, que sirvieron de norma para redactar las bases del partido revolucionario cubano, y en Cayo Hueso (1892) se reúnen los dignos correligionarios, que discuten y aceptan las referidas bases y estatutos del gran partido.

En seguida todos los centros de emigrados cubanos, Cayo Hueso, Tampa, Nueva York, Filadelfia, Ocala, Jacksonville, Nueva Orleans, Haití, Santo Domingo, Centro y Sud América, Jamaica, París, etc., aceptaron lo realizado, proclamándose, unánimemente, en todos esos lugares, la constitución del partido revolucionario cubano, el 10 de abril de 1892.

¡La obra está ahí! Nadie podrá borrarla.

El partido revolucionario cubano fué la unificación del

mero instrumento del gobierno popular y preparación franca y desinteresada de la república.

3.ª La organización revolucionaria no ha de desconocer las necesidades prácticas derivadas de la constitución e historia del país, ni ha de trabajar directamente por el predominio actual o venidero de clase alguna, sino por la agrupación, conforme a métodos democráticos, de todas las fuerzas vivas de la patria; por la hermandad y acción común de los cubanos residentes en el extranjero; por el respeto y auxilio de las repúblicas del mundo, y por la creación de una república justa y abierta, una en el territorio, en el derecho, en el trabajo y en la cordialidad, levantada con todos y para bien de todos.

4.ª La organización revolucionaria respetará y fomentará la constitución original y libre de las emigraciones locales.

Trabajos preparatorios para la organización del partido revolucionario cubano.

ACTA

En la ciudad de Cayo Hueso, a los cinco días del mes de enero del año mil ochocientos noventa y dos, reunidos en lugar privado—hotel Duval—, con aviso

pueblo cubano, la protesta viril contra el despotismo español, la revolución con su formidable poder y, como consecuencia inmediata, la independencia de la patria, la república democrática, con todos y para todos.

Léanse los documentos a que hacemos referencia, ya que el 10 de abril es la fecha inmortal en que dimos todos los cubanos la prueba más elocuente de nuestro acendrado patriotismo. (Nota a la edición de Gonzalo de Quesada.)

Advertencia: Los discursos a que se alude en la presente nota van incluidos en este volumen para la mayor cohesión y comprensión de la obra Martiniana.

particular, los presidentes de las distintas agrupaciones políticas de cubanos separatistas de esta localidad, como también la representación oficial de la agrupación política Liga Patriótica Cubana y Club Ignacio Agramonte, de Ibor City, en Tampa, y distintas respetables personas no afiliadas a clubs políticos, pero consideradas como elementos favorables a la santa causa de la libertad e independencia de Cuba, y cuyos nombres, como el de los anteriores, se expresan al final en nota detallada, ocupó la presidencia el señor José Martí, conspicuo representante aquí de las agrupaciones políticas independientes de Nueva York, donde reside, dando sumaria explicación del objeto para el cual era convocada la Asamblea de presidentes de clubs políticos y patriotas expertos y probados, entrando en luminosas consideraciones sobre la lamentable situación en que se encontraba la esclavizada patria cubana, por la insolente despiadada mano del despótico Gobierno español y la actitud confiada de elementos cándidos que todo lo esperan del poder metropolitano, sin razón alguna para imponer a todo un pueblo prácticas que rechazan de consuno los elementos todos que aspiran a la consecución del ideal separatista cubano; dijo lo necesario, indispensable, que era a la patria el que sus hijos residentes en el extranjero estrechasen los lazos de unión y cordialidad para la liga común de todo lo que pudiese concurrir a auxiliarla en el lance supremo de emanciparse de España, para lo cual, y a fin de que algo práctico comenzase a llamar a las puertas de todos los elementos republicanos de buena voluntad que quisieran—con honradez, entusiasmo y fe inquebrantable—venir a cumplir su deber en unión de los elementos ya reconocidos y probados, se permitió someter a la ilustrada consideración del cuerpo político allí presente,

y compuesto de la representación oficial de las agrupaciones de cubanos separatistas de la localidad y de la representación de los clubs de Ibor City, en Tampa, y de las restantes pandonorosas personas allí congregadas, el plan a que iba a hacer referencia como proyecto de resolución patriótica, para que se examinase detenida y juiciosamente, a fin de saber el pensamiento armónico de la Asamblea sobre el mismo, después que ésta hubiese llenado por completo el deseo que él se permitía solicitar de todos.

Seguidamente el señor Martí dió lectura, detenida y claramente, al proyecto de resoluciones en cuestión, que constituyen, como las bases del partido revolucionario cubano que habrá de fomentarse en el extranjero, proyecto de antemano escrito y presentado dos días antes por el propio señor Martí a la aprobación juiciosa en un triunvirato cubano separatista compuesto de los señores J. F. Lamadriz, J. D. Poyo y F. Figueredo, y aceptados por otros el principio con anterioridad, y a excepción del señor Lamadriz, cuyas dolencias le privaron asistir a esta Asamblea, aceptando también por todos los que la componen en la noche del 4 de enero del año 1892, no sin antes atender a todas y cada una de las distintas cláusulas que lo forman, hacer las observaciones francas, sinceras, que cada cual estimó convenientes, a petición del referido señor Martí, confirmar con espíritu unánime y profundo la estricta aprobación en todas sus partes del documento político citado. Aprobado que fué definitivamente a la noche siguiente—enero 5 de 1892—, volviendo de nuevo el señor Martí a interrogar sobre alguna duda que pudiera ofrecer el espíritu de alguno de los artículos del documento, acordóse someterlo respectivamente, por cada uno de los presidentes de las distintas agrupaciones por ellos allí representadas, a

sus respectivos clubs, para su aceptación, a las asociaciones de clubs políticos independientes de otras localidades, como plan juicioso con el que están de acuerdo y totalmente conformes, después de maduro examen, cuantos individuos se han congregado para conocerlo, discutirlo y aceptarlo; en la misma forma se espera lo hagan las otras agrupaciones de fuera para que sea un hecho real, positivo, no sólo la verdadera, inquebrantable unión de todas las agrupaciones políticas separatistas del extranjero, en relación directa todas, cada una de ellas entre sí, no sólo las emigraciones todas de cubanos que piensen dentro del ideal político independiente, si que también para que esas mismas agrupaciones políticas de fuera, unidas a éstas, ayuden de modo eficaz, con el concurso de sus ideas y generosa acción, a la organización definitiva del partido revolucionario cubano, cuyas cláusulas se dan a conocer al final, que ha de promover y acelerar la obra magna de la libertad e independencia de la isla de Cuba.

Al efecto acordóse definitivamente pasar copia a las asociaciones políticas representadas en la Asamblea, a las de Ibor City, en Tampa, y a cuatro más de que se tenga conocimiento garantido, a los que lo solicitasen para su conocimiento y examen, y a todas aquellas de que se tenga más tarde noticia, bien sea en la localidad o fuera de ella.

Terminado que fué este punto, se procedió a la discusión sucinta y razonada de las bases de estatutos por que tenía que regirse el partido revolucionario cubano, acordándose que el señor Martí fuese el encargado de redactarlas, de acuerdo con cuanto se había hecho mención, aprobado en principio por los presidentes todos de las agrupaciones presentes en la Asamblea.

La Asamblea manifestó que se nombrase un se-

cretario interino que entendiera en el trabajo de exposición para con los distintos cuerpos y de recibimiento para con los datos, documentos, etc., que remitiera el señor Martí desde Nueva York, siendo electo el que suscribe, presidente de la Liga Patriótica Cubana en esta localidad, hasta que nuevamente reunida la Asamblea, acuerde ésta lo que tenga por conveniente.

Acordóse pasar copia de las resoluciones, a reserva de ampliarlas con el promedio fundamental, a todos los periódicos revolucionarios en el extranjero; también que se levantara acta de todo lo acontecido y explicado en las noches del 4 y 5 de enero.

Dióse por terminado el acto con el debido respeto y la mayor compostura, haciendo todos fervientes votos por que la más estrecha unión conduzca a las emigraciones y asociaciones políticas todas, dentro del ideal separatista, a la consecución pronta y eficaz de la libertad e independencia de Cuba. Eran las siete y media de la tarde.

Cayo Hueso, enero 6 de 1892.—Doy fe.—El secretario, *Francisco María González*.

Es copia conforme al original que obra en este archivo a mi cargo.—*Ramón Rivera*, secretario del Cuerpo de Consejo de Key West.

Cayo Hueso, 31 de mayo de 1896.

Individuos presentes en la Asamblea.

Señores: José Martí, F. Figueredo, Carlos Borrego, Seraffín Bello, Cayetano Soria, Teodoro Pérez, Angel Barrios, José D. Poyo, Esteban Candau, Eligio Carbonell, Arturo González, Rosendo García, Cecilio Henríquez, Eduardo H. Gato, Francisco Camellón, J. D. Hernández, José Leiva, Gerardo Castellanos, Nicolás G. Salinas, Benigno Benítez, Antonio M. Cas-

tillo, Carlos Baliño, J. A. Lamadriz, Martín Herrera, Francisco M.^a González, Rogelio Castillo.

Cayo Hueso, enero 6 de 1892.—El secretario, *Francisco M. González*.

BASES DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO

Propuestas por encargo de la emigración de Cayo Hueso, reductadas por José Martí y proclamadas unánimemente por las emigraciones cubanas y portorriqueñas el 10 de abril de 1892.

Artículo 1.º El partido revolucionario cubano se constituye para lograr, con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la isla de Cuba y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.

Art. 2.º El partido revolucionario cubano no tiene por objeto precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba, ni lanzar a toda costa al país a un movimiento mal dispuesto y disorde, sino ordenar, de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se le unan, una guerra generosa y breve, encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la isla.

Art. 3.º El partido revolucionario cubano reunirá los elementos de revolución hoy existentes y allegará, sin compromisos inmorales con pueblo u hombre alguno, cuantos elementos nuevos pueda, a fin de fundar en Cuba, por una guerra de espíritu y método republicanos, una nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos y de cumplir, en la vida histórica del continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala.

Art. 4.º El partido revolucionario cubano no se propone perpetuar en la república cubana, con formas nuevas o con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia, sino fundar, en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud.

Art. 5.º El partido revolucionario cubano no tiene por objeto llevar a Cuba una agrupación victoriosa que considere la isla como su presa y dominio, sino preparar, con cuantos medios eficaces le permita la libertad de extranjero, la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de todos los cubanos, y entregar a todo el país la patria libre.

Art. 6.º El partido revolucionario cubano se establece para fundar la patria una, cordial y sagaz, que desde sus trabajos de preparación, y en cada uno de ellos, vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen, y sustituir al desorden económico en que agoniza, un sistema de hacienda pública que abra el país inmediatamente a la actividad diversa de sus habitantes.

Art. 7.º El partido revolucionario cubano cuida-

rá de no atraerse, con hecho o declaración alguna indiscreta durante su propaganda, la malevolencia o suspicacia de los pueblos con quienes la prudencia o el afecto aconseja o impone el mantenimiento de relaciones cordiales.

Art. 8.º El partido revolucionario cubano tiene por propósitos concretos los siguientes:

I.—Unir en un esfuerzo continuo y común la acción de todos los cubanos residentes en el extranjero.

II.—Fomentar relaciones sinceras entre los factores históricos y políticos de dentro y fuera de la isla que puedan contribuir al triunfo rápido de la guerra y a la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que después de ella se funden, y deben ir en germen en ella.

III.—Propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y los métodos de la revolución, y congregar a los habitantes de la isla en un ánimo favorable a su victoria, por medios que no pongan innecesariamente en riesgo las vidas cubanas.

IV.—Allegar fondos de acción para la realización de su programa, a la vez que abrir recursos continuos y numerosos para la guerra.

V.—Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan a acelerar, con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la fundación de la nueva república indispensables al equilibrio americano.

Art. 9.º El partido revolucionario cubano se regirá conforme a los estatutos secretos que acuerden las organizaciones que lo fundan.

§ 1

El partido revolucionario cubano se compone de todas las asociaciones organizadas de cubanos in-

dependientes que acepten su programa y cumplan con los deberes impuestos en él.

§ 2

El partido revolucionario cubano funcionará por medio de las asociaciones independientes, que son las bases de su autoridad, de un Cuerpo de Consejo constituido en cada localidad con los presidentes de todas las asociaciones de ella, y de un delegado y tesorero, electos anualmente por las asociaciones.

§ 3

Los deberes de las asociaciones son:

Adelantar, por toda especie de trabajos, los fines generales del programa del partido, y realizar las tareas especiales que la ocasión, o los recursos y situación de cada localidad hiciesen necesarios, y de las cuales serán instruidos por sus presidentes.

Allegar, y tener bajo su custodia, los fondos de guerra.

Contribuir, por la cuota fijada que las necesidades corrientes impongan, y por los medios extraordinarios que sean posibles, a los fondos de acción.

Unir y disponer para la acción, dentro del pensamiento general, por la atracción y la cordialidad, cuantos elementos de toda especie le sean allegables.

Impedir que se desvíen de la obra común los elementos revolucionarios.

Recoger y poner en conocimiento del delegado, por medio del Cuerpo de Consejo, todos los datos que le puedan ser útiles para la organización revolucionaria dentro y fuera de la isla.

§ 4

Los deberes del Cuerpo de Consejo son:

Fungir de intermediario continuo entre las asociaciones y el delegado.

Aconsejar y promover cuanto conduzca a la obra unida de las asociaciones de la localidad.

Aconsejar al delegado los recursos y métodos que las asociaciones sugieran, o sugieran los presidentes reunidos en el Cuerpo de Consejo.

Examinar y autorizar las elecciones de cada localidad.

Dar noticia quincenal al delegado de los trabajos de las asociaciones e indicaciones del Cuerpo de Consejo, y exigir del delegado cuantas explicaciones se requieran para el mejor conocimiento del espíritu y métodos con que el delegado cumpla con su encargo.

§ 5

Los deberes del delegado son:

Procurar, por cuantos medios quepa, la realización, sin atenuación de demora, de los fines del programa. Extender la organización revolucionaria en el exterior, y muy principalmente en el interior, y procurar el aumento de los fondos de guerra y de acción.

Comunicar a los Cuerpos de Consejo cuantas noticias o encargos se requieran, a su juicio, para la eficacia de su cooperación en la obra general.

Disponer económicamente de los fondos de acción que se alleguen.

Hacer visar por el tesorero todos los pagos de su fondo de acción, y en caso de guerra todos los pa-

gos que se hubieran de hacer por los servicios que por su naturaleza general recayesen en sus manos.

Arbitrar todos los recursos posibles de propaganda y publicación y de defensa de las ideas revolucionarias, y mantener los elementos de que disponga en la condición más favorable a la guerra inmediata que sea posible.

Rendir cuenta anual, con un mes por lo menos de anticipación a las elecciones, de los fondos de acción que hubiese recibido y de su empleo, y caso de guerra, de los fondos que hubiere cumplido emplear.

§ 6

Los deberes del tesorero son:

Visar todos los pagos que el delegado autorice.

Llevar las cuentas de los fondos recibidos y de su distribución.

Responder de los fondos que por el delegado se le entreguen en depósito.

Rendir, en unión del delegado, cuenta anual de la inversión y estado de los fondos.

§ 7

Cada Cuerpo de Consejo elegirá un presidente y un secretario, que recibirán y distribuirán entre los presidentes de las asociaciones las comunicaciones del delegado, y autorizarán las comunicaciones que los presidentes de las asociaciones deseen dirigir al delegado.

§ 8

Caso de vacante de una presidencia de organización, entrará a llenarla el que resulte electo presidente.

§ 9

Caso de muerte o desaparición del delegado, el tesorero lo pondrá inmediatamente en conocimiento de los Cuerpos de Consejo, para proceder sin demora a nueva elección.

§ 10

Caso de que un Cuerpo de Consejo creyera, por mayoría de votos, inconveniente la permanencia del delegado en su cargo, tendrá derecho de dirigirse a los demás Cuerpos de Consejo exponiéndoles su opinión fundamentada, y el delegado se considerará depuesto si así lo declaran los votos de todos los Cuerpos de Consejo.

§ 11

Caso de crear un Consejo, por mayoría de votos, conveniente alguna reforma a las bases y estatutos, pedirá al delegado que proponga la reforma a los demás Cuerpos; y el delegado, una vez acordada, estará a ella.

§ 12

No podrá votar en las elecciones anuales de delegado y tesorero sino la asociación que cumpla con los deberes de las bases y los estatutos, y cuente, por lo menos, veinte socios conocidos y activos.

§ 13

Cada asociación tendrá un voto por cada grupo de veinte a cien miembros.

PRIMER DISCURSO

*Discurso pronunciado en Tampa, en la noche del
26 de noviembre de 1891, en la velada ofrecida por
el club Ignacio Agramonte.*

Cubanos:

Para Cuba, que sufre, la primera palabra. De altar se ha de tomar a Cuba, para ofrendarle nuestra vida, y no de pedestal, para levantarnos sobre ella. Y ahora, después de evocado su amadísimo nombre, derramaré la ternura de mi alma sobre estas manos generosas que, ¡no a deshora por cierto!, acuden a dármele fuerzas para la agonía de la edificación; ahora, puestos los ojos más arriba de nuestras cabezas, y el corazón entero sacado de mi mismo, no daré gracias egoístas a los que creen ver en mí las virtudes que de mí y de cada cubano desean; ni al cordial Carbonell, ni al bravo Rivero, daré gracias por la hospitalidad magnífica de sus palabras y el fuego de su cariño generoso; sino que todas las gra-

cias de mi alma les daré, y en ellos a cuantos tienen aquí las manos puestas a la faena de fundar, por este pueblo de amor que han levantado cara a cara del dueño codicioso que nos acecha y nos divide; por ese pueblo de virtud, en donde se prueba la fuerza libre de nuestra patria trabajadora; por este pueblo culto, con la mesa de pensar al lado de la de ganar el pan, y truenos de Mirabeu junto a artes de Roland, que es respuesta de sobra a los desdeñosos de este mundo; por este templo orlado de héroes y alzado sobre corazones; yo abrazo a todos los que saben amar. Yo traigo la estrella, y traigo la paloma en mi corazón.

No nos reúne aquí, de puro esfuerzo y como a regañadientes, el respeto periódico a una idea de que no se puede abjurar sin deshonor; ni la respuesta siempre pronta, y a veces demasiado pronta, de los corazones patrios a un solicitante de fama, o a un alocado de poder, o a un héroe que no corona el ansia inoportuna de morir con el heroísmo superior de reprimirla, o a un menesteroso que bajo la capa de la patria ande sacando la mano limosnara. Ni el que viene se afeará jamás con la lisonja, ni es este noble pueblo que lo recibe, pueblo de gente servil y llevadiza. Se me hincha el pecho de orgullo, y amo aún más a mi patria desde ahora, y creo aún más desde ahora en su porvenir ordenado y sereno, en el porvenir redimido del peligro grave de seguir a ciegas, en nombre de la libertad, a los que se valen del anhelo de ella para desviarla en beneficio propio; creo aún más en la república de ojos abiertos, ni insensata ni tímida, ni fogada ni descuellada, ni sobreculata ni inculta, desde que veo, por los avisos sagrados del corazón, juntos en esta noche de fuerza y pensamiento, juntos para ahora y para después, juntos para mientras impere el patriotismo, a los cubanos

que ponen su opinión franca y libre por sobre todas las cosas, y a un cubano que se las respeta.

Porque si en las cosas de mi patria me fuera dado preferir un bien a todos los demás, un bien fundamental que de todos los del país fuera base y principio, y si el de los demás bienes serían falaces o inseguros, ése sería el bien que yo preferiría: yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre. En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre; envilece a los pueblos desde la cuna el hábito de recurrir a camarillas personales fomentadas por un interés notorio o encubierto, para la defensa de las libertades; sáquense a lucir e incendiar las almas, y a vibrar como el rayo, a la verdad; y siganla, libres, los hombres honrados. Levántese por sobre todas las cosas esta tierna consideración, este viril tributo de cada cubano a otro. Ni misterios, ni calumnias, ni tesón en desacreditar, ni largas ni astutas preparaciones para el día funesto de la ambición. O la república tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre, o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos. Para verdades trabajamos, y no para sueños. Para libertar a los cubanos trabajamos, y no para acorralarlos. Para ajustar en la paz y en la equidad los intereses y derechos de los habitantes leales de Cuba trabajamos, y no para erigir, a la boca del continente de la república, la mayordomía espantada de Veintimilla, o la hacienda sangrienta de Rosas, o el Paraguay lúgubre de Fran-

cia. ¡Mejor caer bajo los excesos del carácter imperfecto de nuestros compatriotas que valerse del crédito adquirido con las armas de la guerra o las de la palabra para rebajarles el carácter! Este es mi único título a estos cariños, que han venido a tiempo de robustecer mis manos incansables en el servicio de la verdadera libertad. ¡Muérdamelas los mismos a quienes anhélase yo levantar más, y, ¡no miento!, amaré la mordida, porque me viene de la furia de mi propia tierra, y porque por ella veré bravo y rebelde a un corazón cubano! ¡Unámonos, ante todo, en esta fe: juntemos las manos en prenda de esa decisión, donde todos las vean, y donde no se olvida sin castigo; cerrémosle el paso a la república que no venga preparada por medios dignos del decoro del hombre, para el bien y la prosperidad de todos los cubanos!

¡De todos los cubanos! Yo no sé qué misterio de ternura tiene esa dulcísima palabra, ni qué sabor tan puro sobre el de la palabra misma de hombre, que es ya tan bella, que si se la pronuncia como se debe, parece que es el aire como nimbo de oro, y es trono o cumbre de monte la naturaleza. Se dice cubano, y una dulzura como de suave hermandad se esparce por nuestras entrañas, y se abre sola la caja de nuestros ahorros, y nos apretamos para hacer un puesto más en la mesa, y echa las alas el corazón enamorado para amparar al que nació en la misma tierra que nosotros, aunque el pecado lo trastorne, o la ignorancia lo extravíe, o la ira lo enfurezca, o lo ensangrienta el crimen. ¡Como que unos brazos divinos que no vemos nos aprietan a todos sobre un pecho en que todavía corre la sangre y se oye todavía sollozar el corazón! ¡Créese allá en nuestra patria, para darnos luego trabajo en piedad; créese, donde el dueño corrompido pudre cuanto mira, un

alma cubana nueva, erizada y hostil, un alma hosca, distinta de aquella alma casera y magnánima de nuestros padres e hija natural de la miseria que ve triunfar al vicio impune, y de la cultura inútil que sólo halla empleo en la contemplación sorda de sí misma! ¡Acá, donde vigilamos los ausentes, donde reponemos la casa que se nos cae encima, donde creamos lo que ha de reemplazar a lo que allí se nos destruye, acá no hay palabra que se asemeje más a la luz del amanecer, ni consuelo que se entre con más dicha por nuestro corazón, que esta palabra inesfable y ardiente de cubano!

¡Porque eso es esta ciudad; eso es la emigración cubana entera; eso es lo que venimos haciendo en estos años de trabajo sin ahorro, de familia sin gusto, de vida sin sabor, de muerte disimulada! ¡A la patria que allí se cae a pedazos y se ha quedado ciega de la podre, hay que llevar la patria piadosa y previsoramente aquí se levanta! ¡A lo que queda de patria allí mordido de todas partes por la gangrena que empieza a roer el corazón, hay que juntar la patria amiga donde hemos ido, acá en la sociedad, acomodando el alma, con las manos firmes que pide el buen cariño, a las realidades todas, de afuera y de adentro, tan bien veladas allí, en unos por la desesperación y en otros por el goce habilónico, que con ser grandes cortezas y grandes esperanzas y grandes peligros, son, aun para los expertos, poco menos que desconocidas! Pues ¿qué saben allá de esta noche gloriosa de resurrección, de la fe determinada y metódica de nuestros espíritus, de acercamiento continuo y creciente de los cubanos de afuera, que los errores de los diez años y las veleidades naturales de Cuba y otras causas maléficas no han logrado por fin dividir, sino allegar tan íntima y cariñosamente, que no se ve sino un águila que

sube y un sol que va naciendo y un ejército que avanza? ¿Qué saben allá de estos tratos sutiles, que nadie prepara ni puede detener, entre el país desesperado y los emigrados que esperan? ¿Qué saben de este carácter nuestro fortalecido, de tierra en tierra, por la prueba cruenta y el ejercicio diario? ¿Qué saben del pueblo liberal y fiero y trabajador que vamos a llevarles? ¿Qué sabe el que agoniza en la noche del que le espera con los brazos abiertos en la aurora? Cargar barcos puede cualquier cargador, y poner mecha al cañón cualquier artillero puede; pero no ha sido esa tarea menor, y de mero resultado y oportunidad, la tarea única de nuestro deber, sino evitar las consecuencias dañinas, y acelerar las felices, de la guerra próxima e inevitable, e ir la limpiando, como cabe en lo humano, del desamor y del desconfío y de los celos que la pudiesen poner donde sin necesidad ni excusa nos pusieron la anterior, y disciplinar nuestras almas libres en el conocimiento y orden de los elementos reales de nuestro país, y en el trabajo que es el aire y el sol de la libertad, para que quepan en ella sin peligro, junto a las fuerzas creadoras de una situación nueva, aquellos residuos inevitables de las crisis revueltas que son necesarias para constituir las. Y las manos nos dolerán más de una vez en la faena sublime, pero los muertos están mandando y aconsejando y vigilando, y los vivos los oyen y los obedecen, y se oye en el viento ruido de ayudantes que pasan llevando órdenes, y de pabellones que se despliegan! ¡Unámonos, cubanos, en esta otra fe: con todos y para todos; la guerra inevitable, de modo que la respete y la desee y la ayude la patria, y no nos lamente, en flor, por local o por personal o por incompleta, el enemigo: la revolución de justicia y de realidad, para el reconoci-

miento y la práctica franca de las libertades verdaderas.

Ni los bravos de la guerra que me oyen tienen pacas con estos análisis menudos de las cosas públicas, porque al entusiasta le parece crimen la tardanza misma de la sensatez en poner por obra el entusiasmo, ni nuestra mujer, que aquí oye alenta, sueña más que en volver a pisar la tierra propia, donde no ha de vivir su compañero, agrio como aquí vive y taciturno; ni el niño, hermano o hijo de mártires y de héroes, nutrido en sus leyendas, piensa en más que en lo hermoso de morir a caballo, peleando por el país, al pie de una palma!

¡Es el sueño mío, es el sueño de todos: las palmas son novias que esperan, y hemos de poner la justicia tan alta como las palmas! Eso es lo que queríamos decir. A la guerra del arranque, que cayó en el desorden, ha de suceder, por la insistencia de los males públicos, la guerra de la necesidad, que vendría floja y sin probabilidad de vencer, si no le diese su pujanza aquel amor inteligente y fuerte del derecho, por donde las almas más ansiosas de él recogen de la sepultura el pabellón que dejaron caer, cansados del primer esfuerzo, los menos necesitados de justicia. Su derecho de hombre es lo que buscan los cubanos en su independencia; y la independencia se ha de buscar con alma entera de hombre. ¡Que Cuba, desolada, vuelva a nosotros los ojos! ¡Que los niños ensayan en los troncos de los caminos la fuerza de sus brazos nuevos! ¡Que las guerras estallen, cuando hay causas para ellas, de la impaciencia de un valiente o de un grano de maíz! ¡Que el alma cubana se está poniendo en fila, y se ven ya, como al alba, las masas confusas! ¡Que el enemigo, menos sorprendido hoy, menos interesado, no tiene en la tierra los caudales que hubo de defender la vez pa-

sada; ni hemos de entretenernos tanto como entonces en dimes y diretes de localidad, ni en competencias de mando, ni en envidias de pueblo, ni en esperanzas locas! ¡Que afuera tenemos el amor en el corazón, los ojos en la costa, la mano en la América y el arma en el cinto! Pues ¿quién no lee en el aire todo esto con letras de luz? Y con letras de luz se ha de leer que no buscamos, en este nuevo sacrificio, meras formas, ni la perpetuación del alma colonial en nuestra vida, con novedades de uniforme yanqui, sino la esencia y realidad de un país republicano nuestro, sin miedo canijo de unos a la expresión saludable de todas las ideas y el empleo honrado de todas las energías; ni de parte de otros aquel robo al hombre que consiste en pretender imperar en nombre de la libertad por violencias en que se prescinde del derecho de los demás a las garantías y los métodos de ella. ¡Por supuesto que se nos echarán atrás los petímetros de la política, que olvidan cómo es necesario contar con lo que no se puede suprimir, y que se pondrá a refunfuñar el patriotismo de polvos de arroz, so pretexto de que los pueblos, en el sudor de la creación, no dan siempre olor de clavellina. Y ¿qué le hemos de hacer? ¡Sin los gusanos que fabrican la tierra no podría haber después palacios suntuosos! En la verdad hay que entrar con la camisa al codo, como entra en la res el carnicero. Todo lo verdadero es santo, aunque no huela a clavellina. Todo tiene la entraña fea y sangrienta; es fango en las artesas el oro en que el artista talla luego sus joyas maravillosas; de lo fétido de la vida saca almidar la fruta y colores la flor; nace el hombre del dolor y la tiniebla del seno maternal, y del alarido y el desgarramiento sublime; y las fuerzas magníficas y corrientes de fuego que en el horno del sol se precipitan y confunden, no parecen de lejos, a los

ojos humanos, sino manchas! ¡Paso a los que no tienen miedo a la luz: caridad para los que tiemblan de sus rayos!...

Ni vería yo esa bandera con cariño, hecho como estoy a saber que lo más santo se toma como instrumento del interés por los triunfadores audaces de este mundo, si no creyera que en sus pliegues ha de venir la libertad entera, cuando el reconocimiento cordial del decoro de cada cubano, y de los modos equitativos de ajustar los conflictos de sus intereses, quite razón a aquellos consejeros de métodos confusos que sólo tienen de terribles lo que tiene de terca la pasión que se niega a reconocer cuanto hay en sus demandas de equitativo y justiciero. ¡Clávese la lengua del adúlador popular, y cuelgue al viento como banderola de ignorancia, donde sea castigo de los que adelantan sus ambiciones azuzando en vano la pena de los que padecen, u ocultándoles verdades esenciales de su problema, o levantándoles la ira; al lado de la lengua de los adúladores clávese la de los que se niegan a la justicia! ¡La lengua del adúlador se clava donde todos la vean, y la de los que toman por pretexto las exageraciones a que tiene derecho la ignorancia, y que no puede acusar quien no ponga todos los medios de hacer cesar la ignorancia, para negarse a acatar lo que hay de dolor de hombre y de agonía sagrada en las exageraciones; que es más cómodo excomulgar, de toga y birrete, que estudiar, lloroso el corazón, con el dolor humano hasta los codos! En el presidio de la vida es necesario poner, para que aprendan justicia, a los jueces de la vida. El que juzgue de todo, que lo conozca todo. No juzgue de prisa el de arriba, ni por un lado; no juzgue el de abajo por un lado, ni de prisa. No censure el celoso el bienestar que envidia en secreto. No desconozca el pudiente el poema con-

movedor, y el sacrificio cruento, del que se tiene que cavar el pan que come; de su sufrida compañera, coronada de corona que el injusto no ve; de los hijos que no tienen lo que tienen los hijos de otros por el mundo! ¡Valiera más que no se desplegara esa bandera de su astil, si no hubiera de amparar a todas las cabezas!

Muy mal conoce nuestra patria, muy mal, quien no sepa que hay en ella, con alma de la presente garantía de lo futuro, una enérgica suma de aquella libertad original que cría el hombre en sí, del jugo de la tierra y de las penas que ve, y de su idea propia y de su naturaleza altiva. Con esa libertad real y pujante, que sólo puede pecar por la falta de la cultura que es fácil poner en ella, han de contar más los políticos de carne y hueso que con esa libertad de aficionados que aprenden en los catecismos de Francia o de Inglaterra los políticos de papel. Hombres somos, y no vamos a querer Gobiernos de tijeras y de figurines, sino trabajo de nuestras cabezas, sacado del molde de nuestro país. Muy mal conoce a nuestro pueblo quien no observe en él cómo a la par de este ímpetu nativo que lo levanta para la guerra y no lo dejará dormir en la paz, se ha criado con la experiencia y el estudio, y cierta ciencia clara que da nuestra tierra hermosa, un cúmulo de fuerzas de orden, humanas y cultas; una falange de inteligencias plenas, fecundas por el amor al hombre, sin el cual la inteligencia no es más que azote y crimen; una concordia tan íntima, venida del dolor común, entre los cubanos de derecho natural, sin historia y sin libros, y los cubanos que han puesto en el estudio la pasión que no podían poner en la elaboración de la patria nueva; una hermandad tan ferviente entre los esclavos ínfimos de la vida y los esclavos de la tiranía aniquiladora, que por este amor unánime

y abrasante de justicia de los de un oficio y los de otro, por este ardor de humanidad igualmente sincero en los que llevan el cuello alto, porque tienen alta la nuca natural, y los que lo llevan bajo, porque la moda manda lucir el cuello hermoso; por esta patria vehemente en que se reúnen, con iguales sueños y con igual honradez, aquellos a quienes pudiese divorciar el diverso estado de cultura, sujetará nuestra Cuba, libre en la armonía de la equidad, la mano de la colonia, que no dejará a su hora de venirsenos encima, disfrazada con el guante de la república. ¡Y cuidado, cubanos, que hay guantes tan bien imitados, que no se diferencian de la mano natural! A todo el que venga a pedir poder, cubanos, hay que decirle a la luz, donde se vea la mano bien: ¿mano, o guante? Pero no hay que temer en verdad, ni hay que regañar. Eso mismo que hemos de combatir, eso mismo nos es necesario. Tan necesario es a los pueblos lo que sujeta como lo que empuja; tan necesario es en la casa de familia el padre, siempre activo, como la madre, siempre temerosa. Hay política hombre y política mujer. ¿Locomotora con caldera que la haga andar y sin freno que la detenga a tiempo? Es preciso, en cosas de pueblos, llevar el freno en una mano, y la caldera en la otra. Y por ahí padecen los pueblos: por el exceso de freno, y por el exceso de caldera.

¿A qué es, pues, a lo que habremos de temer? ¿Al decaimiento de nuestro entusiasmo, a lo ilusorio de nuestra fe, al poco número de los infatigables, al desorden de nuestras esperanzas? Pues miro yo a esta sala, y siento firme y estable la tierra bajo mis pies, y digo: ¡mienten! Y miro a mi corazón, que no es más que un corazón cubano, y digo: ¡mienten!

¿Tendremos miedo a los hábitos de autoridad contraidos en la guerra, y en cierto modo ungidos por

el desdén diario de la muerte? Pues no conozco yo lo que tiene de brava el alma cubana, y de sagaz y experimentado el juicio de Cuba, y lo que habrían de contar las autoridades viejas con las autoridades vírgenes, y aquel admirable concierto del pensamiento republicano y la acción heroica que honra, sin excepciones apenas, a los cubanos que cargaron armas; o, como que conozco todo eso, al que diga que de nuestros veteranos hay que esperar ese amor criminal de sí, ese postergamiento de la patria a su interés, esa traición inicua a su país, le digo: ¡mienten!

¿O nos ha de echar atrás el miedo a las tribulaciones de la guerra, azuzado por la gente impura que está a paga del Gobierno español, el miedo de andar descalzo, que es un modo de andar ya muy común en Cuba, porque entre los ladrones y los que los ayudan ya no tienen en Cuba zapatos sino los cómplices y los ladrones? Pues como yo sé que el mismo que escribe un libro para aïizar el miedo a la guerra dijo en versos, muy buenos por cierto, que la jufía basta a todas las necesidades del campo en Cuba, y sé que Cuba está otra vez llena de jufías, me vuelvo a los que nos quieren asustar con el sacrificio mismo que apetecemos, y les digo: ¡mienten!

¿Al que más ha sufrido en Cuba por la privación de la libertad le tendremos miedo, en el país donde la sangre que derramó por ella se la ía hecho amar demasiado para amenazarla? ¿Le tendremos miedo al negro, al negro generoso, al hermano negro, que en los cubanos que murieron por él ha perdonado para siempre a los cubanos que todavía lo maltratan? Pues yo sé de manos de negro que están más dentro de la virtud que las de blanco alguno que conozco; yo sé del amor negro a la libertad sensata, que sólo en la intensidad mayor y natural y útil se diferencia del amor a la libertad del cubano blanco;

yo sé que el negro ha erguido el cuerpo noble, y está poniéndose de columna firme de las libertades patrias. Otros le teman; yo lo amo: a quien diga mal de él, o me lo desconozca, le digo a boca llena: ¡miente!

¿Al español en Cuba habremos de temer? ¿Al español armado, que no nos pudo vencer por su valor, sino por nuestras envidias, nada más que por nuestras envidias? ¿Al español que tiene en el Sardinero o en la Rambla su caudal, y se irá con su caudal, que es su única patria; o al que lo tiene en Cuba, por apego a la tierra o por la raíz de los hijos, o por miedo del castigo opondrá poca resistencia, y por sus hijos? ¿Al español llano, que ama la libertad como la amamos nosotros, y busca con nosotros una patria en la justicia, superior al apego a una patria incapaz e injusta; al español que padece, junto a su mujer cubana, del desamparo irremediable y el misero porvenir de los hijos que le nacieron con el estigma del hambre y persecución, con el decreto de destierro en su propio país, con la sentencia de muerte en vida con que vienen al mundo los cubanos? ¿Temer al español liberal y bueno; a mi padre valenciano; a mi fiador montañés; al gaditano que me velaba el sueño febril; al catalán que juraba y votaba porque no quería el criollo huir con sus vestidos; al malagueño que saca en sus espaldas del hospital al cubano enfermo; al gallego que muere en la nieve extranjera, al volver de dejar el pan del mes en la casa del general en jefe de la guerra cubana? Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad. ¡A estos españoles les atacarán otros: yo los ampararé toda mi vida! A los que no saben que esos españoles son otros tantos cubanos, les decimos: ¡miente!

¿Y temeremos a la nieve extranjera? Los que no saben bregar con sus manos en la vida, o miden el corazón de los demás por su corazón espantadizo, o creen que los pueblos son meros tableros de ajedrez, o están tan criados en la esclavitud que necesitan quienes les sujete el estribo para salir de ella, esos buscarán en un pueblo de componentes extraños y hostiles la república que sólo asegura el bienestar cuando se la administra en acuerdo con el carácter propio, y de modo que se acendre y realce. A quien crea que falta a los cubanos coraje y capacidad para vivir por sí en la tierra creada por su valor, le decimos: ¡miente!

Y a los lindoros que desdeñan hoy esta revolución santa cuyos guías y mártires primero fueron hombres nacidos en el mármol y seda de la fortuna, esta santa revolución que en el espacio más breve hermanó, por la virtud redentora de las guerras justas al primogénito heroico y al campesino sin heredad, al dueño de hombres y a sus esclavos; y a los olímpicos de pisapapel, que bajan de la trípode calumniosa para preguntar, aterrados y ya con ánimos de sumisión, si ha puesto el pie en tierra este peleador o el otro, a fin de poner en paz el alma con quien puede mañana distribuir el poder; a los alzacolas que fomentan a sabiendas el engaño de los que creen que este magnífico movimiento de almas, esta idea encendida de la redención decorosa, este deseo triste y firme de la guerra inevitable, no es más que el fezón de un rezago indómito, o la correría de un general sin empleo, o la algazara de los que no gozan de una riqueza que sólo se puede mantener por la complicidad con el deshonor, o la amenaza de una turba obrera, con odio por corazón y papeluchos por sesos, que irá como del cabestro por donde la quiera llevar el primer ambicioso que la adule, o el primer

déspota encubierto que le pase por los ojos la bandera; a lindores, y a olímpicos, y a alzacolas, les daremos: ¡mienten! ¡Esta es la turba obrera, el arca de nuestra alianza, el tahalí, bordado de manos de mujer, donde se ha guardado la espada de Cuba, el arancel redentor donde se edifica, y se perdona, y se prevé, y se ama!

¡Basta, basta de meras palabras! Para lisonjearnos no estamos aquí, sino para palparnos los corazones y ver que viven sanos, y que pueden; para irnos enseñando a los desesperanzados, a los desbandados, a los melancólicos, en nuestra fuerza de idea y de acción, en la virtud probada que asegura la dicha por venir, en nuestro tamaño real, que no es de presuntuoso, ni de teorizante, ni de salmodista, ni de melómano, ni de cazanubes, ni de pordiosero. Ya somos uno, y podemos ir al fin: conocemos el mal, y veremos de no recaer: a puro amor y paciencia hemos congregado lo que quedó disperso, y convertido en orden entusiasta lo que era, después de la catástrofe, desconcierto receloso; hemos procurado de buena fe, y creemos haber logrado, suprimir o reprimir los vicios que causaron nuestra derrota y alejgar, con modos sinceros y para fin durable, los elementos conocidos o esbozados con cuya unión se puede llevar la guerra inmediatamente al triunfo. ¡Ahora, a formar filas! ¡Con esperar allá en lo fondo del alma, no se fundan pueblos! Delante de mí vuelo al ver los pabellones, dando órdenes; y me parece que el mar que de allá viene cargado de esperanzas y de dolor rompe la valla de la tierra ajena en que vivimos, y revienta contra esas puertas sus olas alborotadas... ¡Allá está, sofocada en los brazos que nos la estrujan y corrompen! ¡Allá está, herida en la frente, herida en el corazón, presidiendo, atada a la silla de tortura, el banquete donde

las bocamangas de galón de otro ponen el vino del veneno en los labios de los hijos que se han olvidado de sus padres! ¡Y el padre murió, cara a cara al alferez, y el hijo va, de brazo con el alferez, a podrirse a la orgía! ¡Basta de meras palabras! De las entrañas desgarradas levantemos un amor inextinguible por la patria, sin la que ningún hombre vive feliz, ni el bueno ni el malo. ¡Allí está, de allí nos llama, se la oye gemir, nos la violan y nos la hefan y nos la gangrenan a nuestros ojos; nos corrompen y nos despedazan a la madre de nuestro corazón! ¡Pues alcémonos de una vez, de una arremetida última de los corazones; alcémonos de manera que no corra peligro la libertad en el triunfo, por el desorden o por la torpeza o por la impaciencia en prepararla; alcémonos para la república verdadera, los que por nuestra pasión por el derecho y por nuestro hábito del trabajo sabremos mantenerla; alcémonos para darles tumba a los héroes cuyo espíritu vaga por el mundo avergonzado y solitario; alcémonos para que algún día tengan tumba nuestros hijos. Y pongamos alrededor de la estrella, en la bandera nueva, esta fórmula del amor triunfante: "Con todos, para el bien de todos".

SEGUNDO DISCURSO

Discurso pronunciado en Tampa, en la noche del 27 de noviembre de 1891, en la velada organizada por la Convención Cubana para conmemorar el fusilamiento de los estudiantes de medicina en la Habana el 27 de noviembre de 1871.

Cubanos:

Todo convida esta noche al silencio respetuoso más que a las palabras; las tumbas tienen por lenguaje las flores de resurrección que nacen sobre las sepulturas; ni lágrimas pasajeras ni himnos de oficio son tributo propio a los que con la luz de su muerte señalaron a la piedad humana soñolienta el imperio de la abominación y la codicia. Esas orlas son de respeto, no de muerte; esas banderas están a media asta, no los corazones. Pido luto a mi pensamiento para las frases breves que se esperan esta noche del viajero que viene a estas palabras de im-

proviso, después de un día atareado de creación; y el pensamiento se me niega al luto. No siento hoy como ayer romper coléricas al pie de esta tribuna, coléricas y dolorosas, las olas de la mar que trae de nuestra tierra la agonía y la ira, ni es llanto lo que oigo, ni manos suplicantes las que veo, ni cabezas caídas las que escuchan, sino cabezas altas; y afuera de esas puertas repletas viene la ola de un pueblo que marcha. ¡Así el Sol, después de la sombra de la noche, levanta por el horizonte puro su copa de oro!

Otros lamentan la muerte necesaria; yo creo en ella como la almohada, y la levadura y el triunfo de la vida. La mañana después de la tormenta, por la cuenca del árbol desarraigado echa la tierra fuentes de frescura, y es más alegre el verde de los árboles, y el aire está como lleno de banderas, y el cielo es un dosel de gloria azul, y se inundan los pechos de los hombres de una titánica alegría. Allí, por sobre los depósitos de la muerte, aletea, como redimiéndose, y se pierde por lo alto de los aires, la luz que surge invicta de la podredumbre. La aihapola más roja y más leve crece sobre las tumbas desatendidas. El árbol que da mejor fruta es el que tiene debajo un muerto.

Otros lamentan la muerte hermosa y útil, por donde la patria saneada rescató su complicidad involuntaria con el crimen, por donde se cría aquel fuego purísimo e invisible en que se acendran para la virtud y se templan para el porvenir las almas fieles. Del semillero de las tumbas levántase impalpable, como los vahos del amanecer, la virtud inmortal: oreo la tierra tímida, azota los rostros viles, empaapa el aire, entra triunfante en los corazones de los vivos; la muerte da jefes; la muerte da lecciones y ejemplos; la muerte nos lleva el dedo por sobre el

libro de la vida. ¡Así, de esos enlaces continuos e invisibles, se va tejiendo el alma de la patria!

La palabra viril no se complace en descripciones espantosas; ni se ha de abrumar al arrepentido por fustigar al malvado; ni ha de convertirse la tumba del mártir en parche de pelea; ni se ha de decir, aun en la ciega hermosura de las batallas, lo que mueva las almas de los hombres a la fiereza y el rencor. ¡Ni es de cubanos, ni lo será jamás, meterse en la sangre hasta la cintura, y avivar con un haz de niños muertos los crímenes del mundo; ni es de cubanos vivir, como el chacal en la jaula, dándole vueltas al odio! Lo que anhelamos es decir aquí con qué amor entrañable, un amor como purificado y angélico, queremos a aquellas criaturas que el decoro levantó de un rayo hasta la sublimidad, y cayeron por la ley del sacrificio, para publicar al mundo, indiferente aún a nuestro clamor, la justicia absoluta con que se irguió la tierra contra sus dueños; lo que queremos es saludar con inefable gratitud, como misterioso símbolo de la pujanza patria, del oculto y seguro poder del alma criolla, a los que, a la primera voz de muerte, sabieron, sonriendo, del apego y cobardía de la vida común al heroísmo ejemplar.

¿Quién, quién era el primero en la procesión del sacrificio, cuando el tambor de muerte redoblaba, y se oía el olear de los sollozos, y bajaban la cabeza los asesinos; quien era el primero, con una sonrisa de paz en los labios, y el paso firme, y casi alegre, y todo él como ceñido ya de luz? Chispeaba por los corredores de las aulas un criollo dadivoso y fino, el bozo en flor y el pájaro en el alma, ensortijada la mano, como una joya el pie, gusto todo y regalo y carruaje, sin una arruga en el ligero pensamiento: ¡y el que marchaba a paso firme a la cabe-

za de la procesión, era el niño travieso y casquivano de las aulas felices, el de la mano de sortijas y el pie como una joya! ¿Y el otro, el taciturno, el que tenían sus compañeros por mozo de poco empuje, y de avisos escasos? ¡Con superior beldad se le animó el rostro caído, con soberbio poder se le levantó el ánimo patrio, con abrazos firmes apretó, al salir a la muerte, a sus amigos, y con la mano serena les enjugó las lágrimas! ¡Así, en los alzamientos por venir, del pecho más oscuro saldrá, a triunfar, la gloria! ¡Así, del valor oculto, crederán los ejércitos de mañana! ¡Así, con la ocasión sublime, los indiferentes y culpables de hoy, los vanos y descuidados de hoy, competirán el fuego con los más valerosos!... El niño de dieciséis años iba delante, sonriendo, ceñido como de luz, volviendo atrás la cabeza, por si alguien se le acobardaba...

Y, ¿recordaré el presidio inciuo, con la galera espantable de vicios contribuyentes, tanto por cada villanía, a los pargos y valdepeñas de la mesa venenosa del general; con los viejos acuchillados por pura diversión, los viejos que dieron al país trece hombres fuertes, para que no fuese en balde el paseo de las ciñtas de hule y de sus fáciles amigas; con los presidiarios moribundos, y volteados sobre la tierra, a ver si revivían a punta de sable; con el castigo de la yaya feroz, al compás de la banda de bronce, para que no se oyese por sobre los muros de piedra los alaridos del preso despedazado? ¡Pues éstos son otros horrores más crueles y más tristes y más inútiles, y más de temer que los de andar descalzo! ¿O recordaré la madrugada fría, cuando de pie, como fantasmas justiciadores, en el silencio de Madrid dormido, a la puerta de los palacios y bajo la cruz de las iglesias, clavaron los estudiantes sobrevivientes el padrón de vergüenza nacional;

el recuerdo del crimen que la ciudad leyó espantada? ¿O un día recordaré, un día de verano madrileño, cuando al calce de un hombre seco y lívido, de barba y alma ralas, muy cruzado y muy saludado y muy pomposo, iba un niño febril, sujeto apenas por manos más potentes, gritando al horrible codicioso: "¡Infame, infame!"? ¡Recordaré al magnánimo español, huésped querido de todos nuestros hogares, laureado aquí en efígie junto con el heroico vindicador, que en los dientes de la misma muerte, prefiriendo al premio del cómplice la pobreza del justo, negó su espada al asesinato! Dicen que sufre, comido de pesar en el rincón donde apenas puede consolarlo de la cólera del vencedor pudiente de los vencidos miserables. ¡Sean para el buen español, cubanas agradecidas, nuestras flores piadosas!

Y después, ¡ya no hay más, en cuanto a tierra, que aquellas cuatro osamentas que dormían, de Sur a Norte, sobre las otras cuatro que dormían de Norte a Sur; no hay más que un gemelo de camisa, junto a una mano seca; no hay más que un montón de huesos abrazados en el fondo de un cajón de plomo! ¡Nunca olvidará Cuba, ni los que sepan de heroicidad olvidarán al que con mano augusta detuvo, frente a todos los riesgos, el sarcófago intacto, que fué para la patria manantial de sangre; al que bajó a la tierra con sus manos de amor, y en acerba hora, de aquellas que juntan de súbito al hombre con la eternidad, palpó la muerte helada, bañó de llanto terrible los cráneos de sus compañeros! El Sol lucía en el cielo cuando sacó en sus brazos de la fosa los huesos venerados: ¡jamás cesará de caer el Sol sobre el sublime vengador sin ira!

¡Cesen ya, puesto que por ellos es la patria más pura y hermosa, las lamentaciones que sólo han de acompañar a los muertos inútiles! Los pueblos vi-

ven de la levadura heroica. El mucho heroismo ha de sanear el mucho crimen. Donde se fué muy vil, se ha de ser muy grande. Por lo invisible de la vida corren magnificas leyes. Para sacudir al mundo, con el horror extremo de la inhumanidad y la codicia que agobian a su patria, murieron, con la poesía de la niñez y el candor de la inocencia, a manos de la inhumanidad y la codicia. Para levantar con la razón de su prueba irrecusable el ánimo medroso de los que dudan del arranque y virtud de un pueblo en apariencia indiferente y frívolo, salieron riendo del aula descuidada, o pensando en la novia y el pie breve, entraron a paso firme, sin quebrantos de rodilla ni temblores de brazos, en la muerte bárbara. Para unir en concordia, por el respeto que impone en unos el remordimiento y la piedad que moverán en otros los arrepentidos, las dos poblaciones que han de llegar por fatalidad inevitable a un acuerdo en la justicia o a un exterminio violento, se alzó el vengador con alma de perdón, y aseguró, por la moderación de su triunfo, su obra de justicia. ¡Mañana, como hoy en el destierro, irán a poner flores en la tierra libre, ante el monumento del perdón, los hermanos de los asesinados, y los que, poniendo el honor sobre el accidente del país, no quieren llamarse hermanos de los asesinos!

Cantemos hoy, ante la tumba inolvidable, el himno de la vida. Ayer lo oí a la misma tierra, cuando venía, por la tarde hosca, a este pueblo fiel. Era el paisaje húmedo y negruzco; corría turbulento el arroyo cenagoso; las cañas, poeas y mustias, no mecían su verdor quejosamente, como aquellas queridas por donde piden redención los que las fecundaron con su muerte, sino se ennoblecían, ásperas e hirsutas, como puñales extranjeros por el corazón; y en lo alto de las nubes desgarradas, un pino, desafiando la

tempestad, erguía, entero, su copa. Rompió de pronto el sol sobre un claro de bosque, y allí, al centelleo de la luz súbita, vi por sobre la yerba amarillenta erguirse, en torno al tronco negro de los pinos caídos, los racimos gozosos de los pinos nuevos. ¡Eso somos nosotros: pinos nuevos!

TERCER DISCURSO

TAMPA Y CAYO HUESO

Discurso pronunciado en Hardman Hall (New-York) el 17 de febrero de 1892.

Cubanos:

El júbilo, mezclado de zozobra, del explorador que adivina bajo la tierra áspera y revuelta el oro puro; del explorador que anunció el hallazgo a los compañeros que se iban a medio camino, no puede compararse con el júbilo del que vuelve ante los que le ayudaron a confiar, con las manos llenas de oro. De oro sin mancha, porque fuera de aquí no he hallado una sola mancha, traigo llenas las manos. Y aun tiemblo de la dicha de haber visto la mayor suma de virtud que me haya sido dado ver entre los hombres, en los hombres de mi patria. Lo que tengo que decir, antes de que se me apague la voz y mi

corazón cese de latir en este mundo, es que mi patria posea todas las virtudes necesarias para la conquista y el mantenimiento de la libertad. Y si hay alcalde mayor o escribiente que lo dude, le enseñaré aquellas ciudades levantadas en libre discusión por las fuerzas más varias y desiguales que sobre la peña y las arenas han ido echando la guerra y la miseria y la dignidad; le enseñaré la casa del pueblo, que todo el pueblo paga y administra, y donde el pueblo entero se educa y se reúne; le enseñaré aquellos talleres donde los hombres, poniendo la vida real de margen a los libros, practican la política, que es el estudio de los intereses públicos, en trabajo que la sana y la modera, y en la verdad que le pone pie firme; le enseñaré aquellas casitas sencillas y felices, con tanta luz y tanta sonrisa y tanta rosa, donde la recién casada recibe a su trabajador con el niño en los brazos, y de testigos los libros del estante y los retratos de los héroes; aquellas casas que tienen dos pisos, uno para la familia que trabaja, y otro para los cubanos desamparados; aquellas familias le enseñaré, que cuando la tibieza pública deja caer un club patriótico, a la casa se llevan el estandarte, y con la casa sigue vivo el club; le enseñaré aquellos niños, sin cuello y sin chaleco, que se abrazan llorando al viajero desconocido: "¡acuérdense de mí, que quiero aprender!"; le enseñaré aquellos ancianos que dieron su fortuna primera, y una fortuna más, y sus hijos luego, a la idea de ver libre a su país, y ya de rodillas en la tierra que se abre para recibirlos, alzan el cuerpo sobre el brazo moribundo, y dicen: "¡Te adoro, oh patria!"

Mi alegría es mayor porque el levantamiento admirable de espíritu que me ha sido dable ver, el jubileo de corazones que se declaró de sí mismo y

que no parece que esté en temple de acabar; el acuerdo grandioso y conmovedor de los cubanos escarmentados y libres, no fué la obra de ese entusiasmo pasajero, y a la larga más dañoso que útil por la persona única de quien en ocasiones parece depender el triunfo; ni fué atraído, con lenta habilidad, por aquella ambición que va buscándose, en la cautela de la sombra, amigos personales, y cultiva el poder asiduamente con la lisonja fina y las mieles del trato, sino que se mostró, con ocasión de un hombre recogido en sí, en el instante en que el desinterés y sagacidad honrada que se le supone, y la obra ancha y unida que predica, parecen ser las que ordena el país a los que tratan de salvarlo. ¡Ni una palabra habló o escribió el viajero en solicitud, directa o indirecta, de esta demostración y convenio de las almas; ni una palabra escribirá y dirá jamás para sostener, por medio de la discusión o de la intriga, el crédito que en él se ha querido poner, no como premio de lo poco que ha hecho, sino como modo de decirle hasta dónde ha de ir, para que la ignominia sea igual al honor, si se fuerce o flaquea antes de acabar la jornada!

¿Y aquel convite de Tampa, primero, que fué de veras como el grito de águila; y aquel sencillo comité del Cayo, que ya a la hora de llegar había prendido en el pueblo todo generoso, y a los pocos instantes, sin el empleo de una sola de las artes usuales del hombre, era abrazo y ternura de manera que los que no se hablaban ayer seguían del brazo por la calle en que se hallaban, y una extraña oratoria poseía, rebotante y soberbia, la lengua de los hombres, y se decían los hombres, unos a otros, hermanos e hijos?

¿Era virtud del hombre silencioso que deja sola a la verdad, sin calzarla ni empujarla con servicios

o convenios o carteos o lisonjas, porque si es verdad, sola se ha de amparar y ha de vencer, y si no es verdad, no se le debe buscar amparo? ¿Era magia de un viajero sin fuerzas y sin voz, cuidado ya, como en anuncio y promesa, con el cariño con que los compañeros de batalla se atienden en los campamentos? ¡El adversario mismo venia de amistad, porque volvía a ver que la guerra de Cuba no tendrá que ser, ni quiere ser, la obra del odio contra el padre honrado de hijos cubanos, ni el esposo bueno de la mujer cubana y la manera de poner a Cuba en condición de que pueda en ella vivir feliz el hombre! Y aquellos rumores de talleres que se engalanaban, de palmeras que se quedaban sin penacho, de trabajadores que deliberaban sobre un tierno presente, de voces nuevas que aprendían del abuelo lleno de cicatrices el saludo de la fe o la música de la guerra, ¿eran tributo, indigno de quienes lo ofrecieran y de quien lo recibiese, a un hombre que sólo la poca vida que le resta puede dar, y no es de aquellos que se ponen de pie sobre la patria, o a espaldas de la patria, a buscar prosélitos con quienes repartir el poder, como quien paga intereses de suma recibida, o cumple con su parte de contrato, sino aquellos que con su justicia han podido ganar respeto suficiente para ayudar a su patria al triunfo, y que quedarse lejos de él, si le alcanza la vida, cuando para mantenerse llegue la hora, que en las sociedades de hombres llega siempre, de las complicidades y de las componendas? No era el acatamiento bochornoso a un hombre en quien sólo se aplaudía el levisimo anuncio de aquella fuerza tenaz de amor, y aquella vigilancia e indulgencia por donde se podrá salvar definitivamente un país que aspira a la libertad con una población educada sin ella; ni la escena amarga de un pueblo que se fía a un voceador espasmódico,

o a un dueño disimulado; porque cosas tristes puedo yo concebir, pero no he podido concebir todavía un cubano abyecto: ¿los hay? ¡no los puede haber!, ¡y no sé si vale la pena de vivir después de que el país donde se nació decida darse un amo!

Era aquel un impulso tan espontáneo de virtud en un pueblo a quien se supone escaso de ella, que sólo un político mezquino, temeroso de que la tacha de vano pudiera dañar los propósitos de su ambición, hubiera sobrepuesto el interés previsor al deber de contemplar con respeto y cariño la demostración que el pueblo hacía de las virtudes que le niegan: ¡sólo el cobarde se prefiere a su pueblo; y el que lo ama, se le somete! ¡Mayor hubiera sido el arranque, que en lo humano no pudo ser más; y mayor hubiera sido la obligación de someterse a él; porque así era más la prueba que daba el pueblo, en la hora de la necesidad, de las condiciones de desinterés y concordia y agradecimiento y previsión y republicanismismo que requiere la hora necesaria! ¡Para canijos la enfermedad! ¡Y si se ha de sacrificar el desamor honroso de la ostentación pública, se le sacrifica, que la vida vale más, y se la sacrifica también! ¡Póngase el hombre de alfombra de su pueblo!

Yo bien sé lo que fué. Yo amo con pasión la dignidad humana. Yo muero del afán de ver a mi tierra en pie. Yo sufro, como de un crimen, de cada día que tardamos en enseñarnos todos juntos a ella. Yo conozco la pujanza que necesitamos para echar al mar nuestra esclavitud, y sé dónde está la pujanza. Yo aborrezco la elocuencia inútil. Fué que los hombres, necesitados del consuelo y justicia que buscan en la libertad, saludaban el consuelo y la justicia en quien no les ha dado hasta hoy prueba alguna de buscar su adelanto y provecho en la fatiga de la patria, sino el adelanto y provecho de todos. Fué

que un pueblo, en que el exceso de odio ha hecho más vivas que en pueblo alguno la necesidad del amor, entiende y proclama que por el amor, sincero y continuo, han deresolverse, y si no, no se han de resolver los problemas que ha anudado el odio. Fué que el alma cubana, preparada por su propia naturaleza y por la guerra y por el destierro para su libre ejercicio en la república, crecería reconocerse, y asía la ocasión de publicarse, en quien no quiere para su tierra remedos de tierra ajena, ni república de antifaz, sino el orden seguro y la paz equitativa, por el pleno respeto al ejercicio legítimo de toda el alma cubana. Fué que las semillas de la sombra daban flor; y de si misma y sin convenios artificiales, y en los momentos en que la isla española se desmigaja y derrumba; en los momentos en que los mismos héroes desconsolados se suelen doler de la tentativa, a la vez política y sentimental, que fracasó porque no estuvo a nivel de los arranques del sentimiento la organización de la política; en los momentos en que los patriotas fantásticos, y de mera arrancada, pudiesen creer que el alma de Cuba fué como flor de aroma, que se entreabre un instante y se desvanece luego al viento, surge una, desde Cayo Hueso a New York, el alma cubana, libre de los vicios que parecían incurables en ella, fuerte con las virtudes de energía y cautela y concordia que no le pueden conocer los que en vano la buscan donde el pensamiento se sienta a la mesa de los boquerones y de la manzanilla, y el genio mismo tiene que partir con la desvergüenza el pedazo de pan. ¡Fué que hemos cumplido la promesa que en los doce años de labor veníamos empeñando al país, que hemos vigilado desde la obscuridad; que hemos deshecho y rehecho, que hemos purgado y renovado, y que, cuando la patria, a despecho de sus agoreros, se palpa el

corazón, cualesquiera que sean las llagas del cuerpo y el corte del vestido, el corazón está sano!

En la niñez, cuando le nace al corazón ingenuo la flor primera de la maravilla, y la educación necia nos aparta, en Cuba, como en todas partes, de la joyería viva del jardín, y el templo grave y solemne de la naturaleza, póstrase el alma de admiración y poesía al oír en la iglesia, que rehuirá después, resonar por entre las arañas que remedan los luminaires del cielo, y las cortinas que imitan los caprichos que borda en las nubes el sol, las notas que parecen cernerse por las naves pomposas como bandadas de almas. Y el viajero, sorprendido por la puesta de la luz en la cumbre del monte, olvida atónito un momento el afán y el pecado de la vida, y rodeado de llamas se sumerge en el himno glorioso de la naturaleza; ¡pues digo que jamás tuve un goce tan puro, y de tan íntima majestad, como entre los míos, entre mis cubanos, entre mis guerreros y mis ancianos y mis trabajadores: jamás, ni en la iglesia, de niño, ni en la cumbre del monte!

La madrugada iba ya a ser—¡bien lo recuerdo!—cuando el tren que llevaba a un hombre invencible, porque no le ha abandonado jamás la fe en la virtud de su país, arribó, bajo lluvia tenaz, a la estación donde le dió la mano, como si le diera el alma, un amigo—nuevo y ya inolvidable—que descansó juído al arroyo al lado de Gutiérrez, que oyó a Joaquín Palma en las veladas de la selva, que montó a caballo al lado de Castillo. No se hablaban los hombres, de tanto como se decían. La casa de la patria estaba henchida de leales. Ceñían las columnas embanderadas orlas de pinos nuevos. Lució el sol, y con él el amor inusitado, los conocimientos súbitos, el deleite de verse juntos en el amanecer de la época nueva, el orgullo de mostrar y de ver la familia

dichosa, el liceo con sus lujos, el consejero que va y viene, poniendo bálsamo donde quiera que ve herida, y libros y periódicos y lecciones en la mesa atenta del trabajador; el orador, que arranca a su grandeza natural la elocuencia más fiera y entrañable que puede oír la tribuna; el médico, que olvida, en la casa que con su labor le compró a su compañera, la pompa de París; el petimetre redimido que enseña con orgullo, en el respeto de todos y en su hogar holgado, su obra fuerte de hombre; el artesano elegante y caballeresco, fuente de amor y ejemplo de la juventud, que estuviera bien en la más pulcra sala; el guerrillero de poco hablar, fuerte por la bondad y por el brazo, que con la mano que guió al potro por los bosques lleva a sus hijos, camino del trabajo, a la mejor escuela; el criollo enamorado, verboso y melifluo, que se da entero a los que acatan la justicia, y se revuelve también contra los que la niegan; el niño que va, vestido como de fiesta, a la mesa del oficio, donde asoma entre el cuchillo y los recortes, la poesía que acaba de hacer, o su libro de cuentos, o su libro de física; y la anciana del taller, que del trabajo de sus manos sustenta en los castillos a los presos de la patria, y en el hospital a sus enfermos, y con la pluma elocuentísima flagela o aconseja, como modo de descansar, a los que le parece que no le aman la patria según se debe, desde aquel cuarto blanco suyo con la mesita de pino y las cortinas como de novia cuidadosa y el vaso lleno siempre de madre selvas. ¿Hubo en Tampa disensiones algún día, o modos diversos de pensar sobre la urgencia de levantarse al fin, con un espíritu y un brazo, todos los que quieren ordenar con tiempo la salvación del país? ¡Lo que sé es que en tres días de belleza moral inmaculada no se vió mano encogida, ni reserva enconosa, ni celos de capitaneo, ni

aquellos comercios abominables que suele ofrecer al patriotismo puro el anhelo de la autoridad; sino fiesta increíble en que se fundían los hombres! Y cuando el viajero, con aquella grandeza ennoblecido, volvió los ojos al decir adiós, los ojos inseguros, ni campos diversos ni rivales ni perezosos ni descarriadós vió, sino un pueblo, sembrado de antorchas, detrás de la bandera única de la patria!

La tarde era—¡bien lo recordol—cuando un vapor, engalanado por el respeto extranjero, que sabe a veces más del porvenir que el respeto propio, iba serenando sobre el mar azul la marcha que lo acercaba a un muelle rebotante. De oro era el aire, y chispeaban, como combatiéndose, los rayos del sol. ¿Y es de otros aquella isla, labrada y hermoscada por el esfuerzo cubano? ¿Y no cargaremos con ella, como nuestra alma invencible que ha sido, y nos la clavaremos al costado, para monumento de sus fundadores y objeto de nuestra justa admiración? Ni mucetas ni diplomas me admiran tanto como el poder de crear, con los refazos de un pueblo de amos y de siervos que fué echando la casualidad sobre la roca, un pueblo que pecho a pecho lanzó al mar el crimen con que lo envenenaban, y levantó sin ayuda ni modelo, donde los que le hubieran podido servir de ejemplo nada habían levantado, la casa de trabajo en que viven en paz, con la franqueza y energía del pecho libre, los hombres de razas y procedencias diferentes que un sistema de odio crió cuidadosamente para esclavos. Pero ¿era allí, a aquella fiesta, adonde iba el viajero, o allá, a las playas vecinas, donde los muertos despiertan, donde espera el caballo? Por el portón del muelle oscuro, henchido de cabezas, salía, como una virgen, el estandarte patrio.

Y al día siguiente entraron por la puerta del via-

jero enfermo un patriarca ya al caer, a quien no podía verse sin deseos de llorar, y un guerrero que se distingue en la paz por su civismo como en la guerra brilló por el valor, y un periodista que no sabe lo que es quebrar, ni desviar, la pluma que juró a la patria; y en nombre de los patriotas veteranos del lugar, ni a discordias ni a recelos ni a reparos dijeron que venían, sino a declarar, por la boca sentenciosa del anciano, que no hay más que un alma entre los cubanos que anhelan la felicidad de su país. ¡Ya no habla el que habló allí tan bien: ya están solos los robles de su casa señorial: ya le nace la gloria sobre la sepultura!

Abrieron los brazos al recién venido aquellos que por el puntillo humano, o por los desconocimientos de la distancia, o por los desvíos que dejó tras sí, injusta e imprevisora, la época anterior, pudieron verlo como el mero convidado de un grupo de jóvenes fervientes, o al transeunte pedantesco que sólo que aprender tuviera de los padres gloriosos de nuestro Cayo. ¡Y lo que de Tampa arrancó, y allí se consagró, tropezará en una hoja de yerba o en un grano de maíz, pero en Cuba irá a terminar! “Yo siento en mi corazón”—decía en junta solemne un comerciante que de los frutos de su comercio le pone escuelas a la patria, y en las batallas de la vida conserva el fuego de la adolescencia heroica—“yo siento que en este programa que firmamos está la independencia de mi país.” Y el pobre y el rico, y el cubano de padres africanos y el cubano de padres europeos, y el militar y diputado de la guerra, y el periodista incansable de la emigración, y el que cree bien las sociedades como están y los que creen que de otro modo estarían mejor, como a honra pedían poner la firma al programa de unión de los cubanos, de los cubanos de afuera y de adentro, de los cubanos de ayer y de mañana, de los cubanos que yerran

o maltratan de buena fe y los que sufren injustamente de sus errores; y proclamo que no asistí jamás, en una vida ya larga de labores difíciles, a reunión de hombres reales y de propio pensar, de hombres probados y de voluntad poco llevadiza, que movieran mi alma a la reverencia y ternura a que la movió aquella junta de cubanos. Aun la tengo delante, y respondo con ella a los que creen que en el alma cubana hay como un duende artístico, y de muy peregrina y criolla composición, empeñado en avivar todas las malas prendas y sofocar toda virtud; a los que por ignorancia supina de la naturaleza perenne del hombre, o carencia de aquella humildad que pone el juicio en la perspectiva natural, tienen por tacha ingénita del carácter en Cuba que aquella dificultad que los hombres en todas partes experimentan para avenir sus ideas y pasiones, a los que no vieron, en sus tres días de labor, aquella junta de patricios donde, al discutir libremente los mejores medios de coronar en el país la obra revolucionaria, de organizar a los cubanos en un cuerpo que asegure la acción enérgica, secreta y responsable, por donde los partidos ejecutivos de guerra se diferencian de los partidos deliberantes de paz, y congregar las fuerzas revolucionarias de manera que sus movimientos se ajusten a su composición real, y la autoridad se distribuya en relación estricta a los servicios, al reunir en un código revolucionario sin choques y sin hipocresía, cuantas realidades pudieran inhabilitarse por desconfianza o por recelo, no asomó un solo interés, no se levantó un solo egoísmo o vanidad, no se oyó la palabra reticente y fría que afea las más nobles deliberaciones humanas: ¡éramos cubanos! Y si aquellos hombres obraban con reserva o mala fe, lo supondrá quien no los conozca, no quien, como yo, los vió crecer

con su propia nobleza, los ojos relampaguearles, las manos buscarse unas a otras, la palabra—como innecesaria—huir, la bolsa abrirse impaciente a quien no iba a poner la mano en ella, y los congregados en pie, como cuando lo sublime pasa! Y ¿cómo recordará la gratitud, cómo podrá recordar la reverencia, sin que parezca exageración o vanagloria, aquel día patrio que duró cuatro días; aquel triunfo de la idea nueva entre pabellones y entre palmas; aquel paseo del convidado de la juventud por la academia de los talleres, y los nidos felices de nuestro trabajo, y la casa de los huérfanos y de las viudas de la patria? ¿Cómo podrá el convidado, sin parecer lisonjero, decir, donde no se oiga, que le acompañó en aquella cohorte de jóvenes todo el mérito humano; que el ojo triste y sagaz de quien conoce los bastidores de la vida, y los titeres de la virtud, no puede descubrir, en días en que iban las almas desarmadas y desnudas, un ápice siquiera de la pasión de mando o de notoriedad, rayana a veces en el mismo crimen, que suele cabecear disimulada bajo los ímpetus simpáticos del patriotismo? Vaciar-se unos en otros, como los metales afines que van ligando la joya en el crisol, fué, en competencia donde todos fueron vencedores, el afán de aquella juventud apostólica; de aquellos médicos frustrados que de la universidad tiránica de la colonia subieron de estudios a la universidad más cierta de la vida; de aquellos letrados en ciernes que, por la picadura de la dignidad, prefirieron al bufete exangüe de los dominadores la mesa viril donde no mancha el pan la mentira ni el soborno; aquellos graduados del taller, lectores asiduos de historia y de filosofía, que en el correr de la velada, sin el tocado de la preparación ni los abalorios y moños de la conferencia, discurren, como

en ateneo de verdades, sobre el derecho y la belleza por donde el mundo es bueno, y los planes y modos por donde el hombre aspira a mejorarlo. Una hoguera y un juramento es toda aquella juventud, no criada como otra a alpiste ajeno, sino al valiente esfuerzo de su brazo. ¡El trastorno y poder de la batalla embellecían a la cohorte impaciente, cuando detrás de la bandera misteriosa que asomó sin cesar en las manos de un niño, detrás del caballo de aviso, negro como la cerrazón del cielo y con la plata del arnés echando luz, acudía con el viajero enamorado a los talleres a que el concurso religioso, en las galas todas de la más fina cultura, daba elegancia y aire de liceo! ¡El trabajo; ese es el pie del libro! La juventud, humillada la cabeza, oía plafante, como una orden de combatir, los entrañables aplausos! ¡Uno eran la bandera y las palmas y el gentil Niñas allí, con rosas en las manos; mozos, ansiosos; las madres levantando a sus hijos; los viejos llorando a hilos, con sus caras curtidas. Iba el alma y venía, como pujante marejada. ¡Patria, la mar se hincha!... La tribuna, avanzada de la libertad, se alzaba de entre las cabezas, orlada por los retratos de los héroes. Rifles que vieron pelca daban guardia al camagüeyano que no muere: ¡allí era otra vez su palabra gigantesca, aquella que tenía él cuando arengaba a sus soldados, con el bosque de escenerario y de tribuna los estribos; allí era otra vez, en los labios de todos su consejo de orador, y su vehemente censura del delito de impedir, con los pretextos familiares a aquel patriotismo tan semejante a la tradición, la guía sana y enérgica de la libertad, y el arranque seguro de sus fuerzas todas, que sólo combaten los que en el sagrado de la patria buscan, antes que el bien público y el decoro del hombre, su autoridad o su provecho. ¡Bandera fué el pueblo en-

tero, y por entre una calle y otra vió la comitiva a los niños blancos y negros apiñados a la puerta de la escuela, cuando, rendida el alma de dicha patriótica, iba camino del último taller, tras la bandera, en las manos del niño misterioso, tras el caballo, que parecía preferir el rumbo de la mar!

No en sí pensaba, en Tampa ni en Cayo Hueso, el viajero feliz, aunque lo rindiese la dicha del agradecimiento; ni tomaba aquellas festividades como mérito propio y cúspide de su fortuna; sino como anuncio de lo que puede ser el alma cubana cuando el amor la inspira y guía. Ni le escondía aquel pórtico embanderado el camino de tinieblas que han de probar los ayes que acompañan, en el misterio materno, el nacimiento de la libertad. Ni en escarceos indignos oratorios iba pensando aquel que a cada paso era sorprendido por tales pruebas de la grandeza del corazón de su país, que a la oratoria más osada hicieran enmudecer, y a la más peripuesta le hubieran aventado los perejiles, y sólo dejaban paso a un silencio que caía sobre los hombros como una investidura. ¡La armadura se veía bajar del cielo, y el ritual lo leía la patria en la sombra, y las mujeres volvían a dar al hombre la caballería, y juraba el hombre llevar mientras viviese el acero cosido a la muñeca, el acero de que se fabrican a la vez las plumas y las espadas. Ni de nada hubiesen valido las oratorias aprendidas, ni aquellas frases bataneadas y traspuestas, y redondas a fuerza de fuelle, con que los narcisos de la elocuencia se encaran con los rivales y emociones comunes; porque a aquellos tablados del taller, alzados a porfía con las dádivas sobrantes de los obreros entusiastas, y clavados por sus manos trabajadoras, como símbolo de que la tribuna de la verdad se mantendrá siempre, cuando todas las demás tribunas caigan, por la fuerza

y la fe de los hijos del trabajo; a aquellos tablados prendidos con los colores de nuestro corazón por las compañeras que no nos echan en cara las virtudes que prefieren a la comodidad sin la honra; a aquellos tablados subían, con la luz del instante, y un discurso como ungido y angélico, los hombres que han adornado, con cultura que pocos les conocen, la sana verdad que descubren por sí en los ajustes y durezas de la vida, y sale fluyendo de sus labios en estrofas de limpia hermosura, en imágenes nuevas y felices, en ideas sagaces y esenciales, y en torrentes de aquella hermandad que no he de sufrir que nadie me la niegue a la ejemplar alma cubana. ¡Otros hablen de castas y de odios, que yo no oí en aquellos talleres sino la elocuencia que funda los pueblos, y enciende y mejora las almas, y escala las alturas y rellena los fosos y adorna academias y parlamentos. Esos han sido los comicios verdaderos, y no otros falsos adonde iban nuestros compatriotas, de medio corazón, a la batalla inútil. Esa es la liza diaria y libre donde ha continuado cumpliéndose, aunque no quieran verlo los que miran demasiado en sí, o han vivido donde no está la verdad, o tachen de vano cuanto no les place, o por inveterada hinchazón propia no hallan espacio en el mundo para lo ajeno, aquella concordia creciente de nuestros factores burdos y hostiles que en la guerra útil e indispensable se comenzaron a fundir, y han continuado conociéndose y apretándose en la miseria bajo la tiranía, y en la fatiga creadora del destierro. Los pueblos, como los volcanes, se labran en la sombra, donde sólo ciertos ojos los ven; y en un día brotan hechos, coronados de fuego y con los flancos jadeantes, y arrastran a la cumbre a los desiertos, apacibles de este mundo, que niegan todo lo que no desean, y no saben del volcán hasta que

no lo tienen encima. ¡Lo mejor es estar en las entrañas y subir con él!

En las entrañas es donde he oído palpar ese corazón de amor que manaba grandeza y ternura por los labios de aquellos que en el dolor de la vida hubieran podido aprender, si no llevaran en sí la majestad e independencia de cubanos que llevan, aquellos odios de rincón con que el hombre en los países menos generosos y altivos depone, por los problemas menores de su oficio, su autoridad y obligación en la tarea de edificar y mantener el pueblo que a todos los contiene, y a todos los aflige con su ruina o con su abundancia los sustenta. ¡Caballeros de la verdad y la palabra humana, y casacas de la virtud, y magníficos cuelliparados del patriotismo eran aquellos hombres, de cuello alto o bajo, que de la tribuna se asían como de su dominio natural, y proclamaban en ella que la política, o modo de hacer felices a los pueblos, es el deber y el interés primero de quien aspira a ser feliz, y entiende que no lo puede ni merece ser quien no contribuya a la felicidad de los demás; que la política o arte de ordenar los elementos de un pueblo para la victoria es la primera necesidad de las guerras que quieren vencer; y las que no quieren vencer, sino corretearse y rendirse, ésas no llevan plan ni espíritu, que es no llevar política. Proclaman que en la casa de la patria, ni el derecho se ha de mermar, ni se ha de exagerar, y que, por la nobleza peculiar criolla, y aquella alma común que crían los hombres en lo verdadero de la vida, estarán juntos en la hora del sosiego los que juntos se han defendido en la tempestad. Eran brazos abiertos las palabras aquellas; y la elocuencia, aun en los labios vírgenes, era profecía y unción. Se derramaban las almas, y en los corazones de los cubanos presidía, como pre-

side su efígie la escuela y el hogar, aquel que supo echar semilla antes de ponerse a cortar hojas; aquel que habló para encender y predicó la panacea de la piedad, aquel maestro de ojos hondos que redujo a las formas de su tiempo, con sacrificio insigne y no bien entendido aún, la soberbia alma criolla que le ponía la mano a temblar a cada injuria patria, y le inundaba de fuego mal sujeto la pupila húmeda de ternura. ¡Yo no ví casa ni tribuna, en el Cayo ni en Tampa, sin el retrato de José de la Luz y Caballero!... Otros amen la ira y la tiranía. El cubano es capaz del amor, que hace perdurable la libertad.

A mí, demagogo me podrán decir, porque—sin miedo a los demagogos verdaderos, que son los que se niegan a reconocer la virtud de unos por halagar la soberbia de otros—creo a mi pueblo capaz de construir sobre los restos de una mala colonia una buena república. Demagogo me podrá decir un felino cualquiera, o cualquier alma alquilona, de esas que no va y viene sino donde hay gala y reparto; porque es moda, del enemigo sin duda, tachar de demagogo a quien procure, por la unión y el roce libre de todas sus fuerzas, salvar a la patria de la demagogia verdadera, de los autoritarios que pululan entre los pobres como entre los ricos, de los segundones brillantes o rastreros, que se pasan la vida de salario, y gustan más de la compañía de quien lo paga que de quien lo gana. Quien crea, ama al que crea; y sólo desdeña a los demás quien en el conocimiento de sí halla razón para desdeñarse a sí propio. Demagogo me digan, que Madrid y nuestros madrileños algo han de decir; pero publicly que allí he visto al que vende de mañana sus lancetas, gulando el carro de su comercio por las calles alegres, citar de puerta en puerta, con enojos

de creador, para la junta donde se ha de defender una libertad, o para la fiesta donde van a esparcir unidos el ánimo los obreros y los que los emplean; al que recibe en su brazos el cadáver del amigo, y se lleva a su hogar al padre solo, y lo mimó o venera como a padre; al que en la mesa del taller enrolla la hoja del tabaco, y escribe versos próceres, o párrafos de fuego y pedrería, en la mesa augusta de su casa; al que lee a los obreros, de patria y de moderación, a la hora del oficio, con voz que ni lisonjea ni se vende, y cierra el libro ajeno para leer del propio suyo, de la majestad silenciosa de su vida obscura, con oratoria que es llama y sentencia, y patriotismo caldeado a hierro blanco; al artesano endeble, niño aún, de cabeza apolínea, que sube a la tribuna, y baja con la gloria; al mozo de la universidad y la riqueza, a quien el padre, al caer por su país, legó la casa desamparada, la casa criolla de toda la familia, y con los libros de almohada, y la casa del brazo, se vino al decoro del destierro a levantar su tienda de trabajador; a la enfermera de la guerra, aun no cansada de curar, que va a ver al enfermo forastero con el chal que le ganó el hijo en el último ataque, blanco el vestido como la niñez de su alma, y el chal azul; al bravo de diez años que en la fiesta, toda de luz, con que honra a la visita, muestra orgulloso la casa de sus esfuerzos, que por dentro y por fuera no es más que un jardín, habla de la abundancia de su pecho, como fino orador, y llama al coro del piano a los ocho hijos, que cantan la música de guerra que compuso el padre: ¡y si se olvida una estrofa, la apunta la madre impaciente, que estuvo en la guerra los diez años! ¡El niño levanta al cielo el clarín en que lo ensaya el padre, y la mujer de Cuba no ha olvidado todavía el modo de ceñir el machete

a su esposo, en la casa de palmas! Unos chocan las copas, en el último espasmo del festín; ¡y otros las rompen! ¡Demagogo me digan; pero yo vengo de ver, en la ciudad que nuestros amos cubrieron con todos los vicios de la servidumbre, la práctica arraigada y continua de todas las virtudes indispensables para la fundación y el goce de la libertad!

Para proclamarlo estamos aquí, porque desde la angustia del país es necesario que se vea por dónde viene, y de qué luz se guían, los que están de marcha—¡de marcha final!—para rescatarlo. Para eso estamos aquí, y para decir que le cumplimos a la patria lo que le teníamos ofrecido, y que en la hora en que las fuerzas disueltas que luchan fuera de la realidad echan las manos al cielo, y se entran des-pavoridos por los bosques, los bosques no estarán solos porque nosotros los tendremos poblados!

Vano sería el júbilo evangélico que parece poseer, como por consejo superior a la mera previsión del hombre, a los que anhelan con el espíritu puro la dicha de la patria; vana sería la capacidad criolla para levantar en arenales y peñones asilo digno del ideal, recobrado ya de sus primeras heridas, y pronto a bregar sin rencor con los obstáculos de afuera y con los que la historia inevitable le pone en sí; vano sería este encendido amor del corazón cubano que, por la armonía y abundancia con que se refleja en él la de nuestra naturaleza, une en concordia las corrientes que suelen ir apartadas o encontradas en los hombres; porque ni el júbilo del deseo, ni la viveza de la inteligencia, ni la bondad del alma son fuerzas bastantes para aspirar con éxito a la formación de un pueblo, sino la capacidad de ordenar a tiempo los elementos indispensables para la victoria.

¡Y el vapor embanderado, y los talleres henchidos

dos, y los enemigos que se abrazan, y el caballo caracoleador, serian mera espuma de mar muerto, últimos restos de un naufragio ilustre, si hoy que viene el aviso de nuestras entrañas, y baja la voz de lo que está por encima de nuestras cabezas; hoy que algo nos empuja a unos en brazos de otros, como cuando avisa la centinela, y los valientes descuidados corren a las armas; hoy que como en un horno magnífico se arrojan todas las pequeñeces de la pretensión, todas las debilidades del aislamiento, todas las reservas de la antipatía, todas las diferencias de las distancias, y en un fuego iluminador se funden y consumen, para que no se vea de lejos más que llamarada, gusaremos nuestra libertad para disponer con tiempo y grandeza el modo de servir a la patria infeliz, o mereceremos el estigma de la historia por no haber unido nuestras fuerzas con el empuje necesario para salvarlas? ¡Estas citas que nos estamos dando a un tiempo, este abrazo de los hombres que ayer no se conocían, esta miel de dulzura y de arrebató místico en que se están como derritiendo los corazones, y este arranque brioso de las virtudes más difíciles, que hacen apetecible y envidiable el nombre de cubano, dicen que hemos juntado a tiempo nuestras fuerzas, que en Tampa aletea el águila, en Cayo Hueso brilla el sol, y en New York hay luz de nieve; y que la historia no nos ha de declarar culpables!

RESPONSABILIDADES

El Partido Revolucionario Cubano a Cuba.

La revolución de independencia, iniciada en Yara después de preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo período de guerra, en virtud del orden y acuerdos del Partido Revolucionario en el extranjero y en la Isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo; y los representantes electos de la revolución que hoy se confirma, reconocen y acatan su deber—sin usurpar el acento y las declaraciones sólo propias de la majestad de la República constituida—de repetir ante la patria, que no se ha de ensangrentar sin razón ni sin justa esperanza de triunfo, los propósitos precisos, hijos del juicio y ajenos de la venganza con que se ha compuesto, y llegará a su victoria racional, la guerra inextinguible que hoy lleva a los combates, en con-

movedora y prudente democracia, los elementos todos de la sociedad de Cuba.

La guerra no es, en el concepto sereno de los que aun hoy la representan, y de la revolución pública y responsable que los eligió, el insano triunfo de un partido cubano sobre otro, o la humillación siquiera de un grupo equivocado de cubanos; sino la demostración solemne de la voluntad de un país harto probado en la guerra anterior para lanzarse a la ligera en un conflicto sólo terminable por la victoria o el sepulcro, sin causas bastantes profundas para sobreponerse a las cobardías humanas y sus varios disfraces, y sin determinación tan respetable por ir firmada por la muerte que debe imponer silencio a aquellos cubanos menos venturosos que no se sienten poseídos de igual fe en las capacidades de su pueblo, ni de valor igual con que emanciparlo de su servidumbre.

La guerra no es la tentativa caprichosa de una independencia más temible que útil, que sólo tendrían derecho a demorar o condenar los que mostrasen la virtud y el propósito de conducirla a otra más viable y segura, y que no debe en verdad aperecer un pueblo que no la pueda sustentar; sino el producto disciplinado de la reunión de hombres enteros que en el reposo de la experiencia se han decidido a encarar otra vez los peligros que conocen, y de la congregación cordial de los cubanos de más diverso origen, convencidos de que en la conquista de la libertad se adquieren mejor que en el abyecto abatimiento las virtudes necesarias para mantenerla.

La guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el acatamiento de la patria que se ganen podrá gozar respetado, y aun amado, de la libertad, que sólo arrollará a los que le salgan, imprevisos, al camino. Ni del desorden, ajeno a

la moderación probada del espíritu de Cuba, será cuna la guerra; ni de la tiranía. Los que la fomentaron, y pueden aún llevar su voz, declaren en nombre de ella, ante la patria, su limpieza de todo odio, su indulgencia fraternal para con los cubanos tímidos equivocados, su radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y cimiento de la República, su certidumbre de la aptitud de la guerra para ordenarse de modo que contenga la redención que la inspira, la relación en que un pueblo debe vivir con los demás, y la realidad que la guerra es, y su terminante voluntad de respetar, y hacer que se respete, al español neutral y honrado, en la guerra y después de ella, y de ser piadosa con el arrepentimiento, e inflexible sólo con el vicio, el crimen y la inhumanidad. En la guerra que se ha reanudado en Cuba no ve la revolución las causas del júbilo que pudieran embargar al heroísmo irreflexivo, sino las responsabilidades que deben preocupar a los fundadores de pueblos.

Entre Cuba en la guerra con la plena seguridad, inaceptable sólo a los cubanos sedentarios y parciales, de la competencia de sus hijos para obtener el triunfo de la energía de la revolución pensadora y magnánima, y de la capacidad de los cubanos, cultivada en diez años primeros de fusión sublime, y en las prácticas modernas del gobierno y el trabajo, para salvar la patria desde su raíz de los desacomodos y tanteos, necesarios al principio del siglo, sin comunicaciones y sin preparación, en las repúblicas feudales y teóricas de Hispano América. Punible ignorancia o alevosía fuera desconocer las causas, a menudo gloriosas y ya generalmente redimidas, de los trastornos americanos, venidos del error de ajustar a moldes extranjeros, de dogma incierto o mera relación a su lugar de origen, la realidad in-

genua de los países que conocían sólo de las libertades el ansia que las conquista, y la soberanía que se gana por pelear por ellas. La concentración de la cultura meramente literaria en las capitales; el erróneo apego de las repúblicas a las costumbres señoriales de la colonia; la creación de caudillos rivales consiguiente al trato receloso e imperfecto de las comarcas apartadas; la condición rudimentaria de la única industria, agrícola y ganadera; y el abandono y desdén de la fecunda raza indígena en las disputas de credo y localidad que esas causas de los trastornos en los pueblos de América mantenían, no son, de ningún modo, los problemas de la sociedad cubana. Cuba vuelve a la guerra con un pueblo democrático y culto, conocedor celoso de su derecho y del ajeno; o de cultura mucho mayor, en lo más humilde de él, que las masas llaneras o indias con que, a la voz de los héroes primados de la emancipación, se mudaron de hatos en naciones las silenciosas colonias de América; y en el curso del mundo, al servicio de la guerra, y a la fundación de la nacionalidad le vienen a Cuba, del trabajo creador y conservador de los pueblos más hábiles del orbe, y del propio esfuerzo en la persecución y miseria del país, los hijos lúcidos, magnates o siervos, que de la época primera de acomodo, ya vencida, entre los componentes heterogéneos de la nación cubana, salieron a preparar, o en la misma Isla continuaron preparando, con su propio perfeccionamiento, el de la nacionalidad a que concurren hoy con la firmeza de sus personas laboriosas, y el seguro de su educación republicana. El civismo de sus guerreros; el cultivo y benignidad de sus artesanos; el empleo real y moderno de un número vasto de sus inteligencias y riquezas; la peculiar moderación del campesino sazonado en el destierro y en la guerra; el

trato íntimo y diario, y rápida e inevitable uniformación de las diversas secciones del país; la administración recíproca de las virtudes iguales entre los cubanos que de las diferencias de la esclavitud pasaron a la hermandad del sacrificio; y la benevolencia y aptitud creciente del liberto, superiores a los raros ejemplos de su desvío o encono, aseguran a Cuba, sin incierta ilusión, un porvenir en que las condiciones de asiento, y del trabajo inmediato de un pueblo feraz en la República justa, excederán a las de disociación y parcialidad provenientes de la pereza o arrogancia que la guerra a veces cria, del rencor ofensivo de una minoría de amos caída de sus privilegios; de la censurable premura con que una minoría aun invisible de libertos descontentos pudiera aspirar, con violación funesta del albedrío y naturaleza humano, al respeto social que sola y seguramente ha de venirles de la igualdad probada en las virtudes y talentos; y de la súbita desposesión, en gran parte, de los pobladores letrados de las ciudades, de la suntuosidad o abundancia relativa que hoy les viene de las gabelas inmorales y fáciles de la colonia, y de los oficios que habrán de desaparecer de la libertad. Un pueblo libre, en el trabajo abierto a todos, enclavado a las bocas del universo rico e industrial, sustituirá sin obstáculo, y con ventaja, después de una guerra inspirada en la más pura abnegación, y mantenida conforme a ella, al pueblo avergonzado donde el bienestar sólo se obtiene a cambio de la complicidad expresa o tácita con la tiranía de los extranjeros necesitados que los desangran y corrompen. No dudan de Cuba, ni de sus aptitudes para obtener y gobernar su independencia, los que en el heroísmo de la muerte y en el de la fundación callada de la patria ven resplandecer de continuo, en grandes y en pequeños, las

dotes de concordia y sensatez sólo inadvertibles para los que, fuera del alma real de su país, lo juzgan, en el arrogante concepto de sí propios, sin más poder de rebeldía y creación que el que asoma tímidamente en la servidumbre de sus quehaceres coloniales.

De otro temor quisiera acaso valerse hoy, so pretexto de prudencia, la cobardía: el temor insensato, y jamás en Cuba justificado, a la raza negra. La revolución, con su carga de mártires y de guerreros subordinados y generosos, desmiente indignada, como desmiente la larga prueba de la emigración y de la tregua de la Isla, la tacha de amenaza de la raza negra con que se quisiese inicuaamente levantar por los beneficiarios del régimen de España, el miedo a la revolución. Cubanos hay ya en Cuba de uno y otro color, olvidados para siempre—con la guerra emancipadora y el trabajo donde unidos se gradúan—del odio en que los pudo dividir la esclavitud. La novedad y aspereza de las relaciones sociales, consiguientes a la mudanza súbita del hombre ajeno en propio, son menores que la sincera estimación del cubano blanco por el alma igual, la afanosa cultura, el fervor del hombre libre y el amable carácter de su compatriota negro. Y si a la raza le naciesen demagogos inmundos, o almas ávidas cuya impaciencia propia azuzase la de su color, o en quien se convirtiera en injusticia con los demás de piedad por los suyos—con su agradecimiento y su cordura, y su amor a la patria, con su convicción de la necesidad de desautorizar por la prueba patente de la inteligencia y la virtud del cubano negro la opinión que aun reine de su incapacidad para ellas, y con la posesión de todo lo real del derecho humano, y el consuelo y fuerza de la estimación de cuanto en los cubanos blancos hay de justo y generoso—la

misma raza extirparía en Cuba el peligro negro, sin que tuviera que alzarse a él una sola mano blanca. La revolución lo sabe, y lo proclama; la emigración lo proclama también. Allí no tiene el cubano negro escuelas de ira, como no tuvo en la guerra una sola culpa de ensoberbecimiento indebido o de insubordinación. En sus hombros anduvo segura la República a que no atentó jamás. Sólo los que odian al negro ven en el negro odio; y los que con semejante miedo injusto traficasen, para sujetar, con inapetecible oficio, las manos que pudieran erguirse a expulsar de la tierra cubana al ocupante corruptor.

En los habitantes españoles de Cuba, en vez de la deshonrosa ira de la primera guerra, espera hallar la revolución, que ni lisonjea ni teme, tan afectuosa neutralidad o tan veraz ayuda, que por ellas vendrá a ser la guerra más breve, sus desastres menores, y más fácil y amiga la paz en que han de vivir juntos padres e hijos. Los cubanos empezamos la guerra, y los cubanos y los españoles la terminaremos. No nos maltraten, y no se les maltratará. Respeten, y se les respetará. Al acero responda el acero, y la amistad a la amistad. En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al español y a quien la crueldad del ejercicio forzoso arrancó de su casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombre la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la República será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia y vicios políticos de la tierra propia. Este es el corazón de Cuba, y así será la guerra. ¿Qué enemigos españoles tendrá verdaderamente la revolución? ¿Será el ejército, republicano en mucha parte, que ha apren-

dido a respetar nuestro valor, como nosotros respetamos el suyo, y más siente impulso a veces de unirsenos que de combatirnos? ¿Serán los quintos, educados ya en las ideas de humanidad, contrarias a derramar sangre de sus semejantes en provecho de un cetro inútil o una patria codiciosa, los quintos segados en la flor de su juventud para venir a defender, contra un pueblo que los acogiera alegre como ciudadanos libres, un trono mal sujeto, sobre la nación vendida por sus guías, con la complicidad de sus privilegios y sus logros? ¿Será la masa, hoy humana y culta, de artesanos y dependientes, a quienes, so pretexto de patria, arrastró ayer a la ferocidad y al crimen del interés de los españoles acaudalados que hoy, con lo más de sus fortunas salvas en España, muestran menos celo que aquel con que ensangrentaron la tierra de su riqueza cuando los sorprendió en ella la guerra con toda su fortuna? ¿O serán los fundadores de familias y de industrias cubanas, fatigados ya del fraude de España y de su desgobierno, y como el cubano vejados y oprimidos, los que, ingratos e imprudentes, sin miramiento por la paz de sus casas y la conservación de una riqueza que el régimen de España amenaza más que la revolución, se revuelvan contra la tierra que de tristes rústicos los ha hecho esposos felices, y dueños de una prole capaz de morir sin odio por asegurar al padre sangriento un suelo libre al fin de la discordia permanenté entre el criollo y el peninsular; donde la honrada fortuna pueda mantenerse sin cohecho y desarrollo sin zozobra, y el hijo no vea entre el beso de sus labios y la mano de su padre la sombra aborrecida del opresor? ¿Qué suerte elegirán los españoles: la guerra sin tregua, confesa o disimulada, que amennaza y perturba las relaciones siempre inquietas y violentas del país,

o la paz definitiva, que jamás se conseguirá en Cuba sino con la independencia? ¿Encontrarán y ensangrentarán los españoles arraigados en Cuba la guerra en que puedan quedar vencidos? ¿Ni con qué derecho nos odiarán los españoles, si los cubanos no los odiamos? La revolución emplea sin miedo este lenguaje, porque el decreto de emancipar de una vez a Cuba de la ineptitud y corrupción irremediables del gobierno de España, y abrirla franca para todos los hombres al mundo nuevo, es tan terminante como la voluntad de mirar como a cubanos, sin tibio corazón ni amargas memorias, a los españoles que por su pasión de libertad ayuden a conquistarla en Cuba, y a los que con su respeto a la guerra de hoy rescaten la sangre que en la de ayer manó a sus golpes del pecho de sus hijos.

En las formas que se dé la revolución, conocedora de su desinterés, no hallará sin duda pretexto de reproche la vigilante cobardía, que en los errores formales del país naciente, o en su poca suma visible de República, pudiese procurar razón con que negarle la sangre que le adeuda. No tendrá el patriotismo puro causa de temor por la dignidad y suerte futura de la patria. La dificultad de las guerras de independencia en América y la de sus primeras nacionalidades ha estado, más que en la discordia de sus liéroe y en la emulación y recelo inherentes al hombre, en la falta oportuna de forma que a la vez contenga el espíritu de redención que, con apoyo de ímpetus menores, promueve y nutre la guerra, y las prácticas necesarias a la guerra; y que ésta debe desembarazar y sostener. En la guerra inicial ha de hallar el país maneras tales de gobierno, que a un tiempo satisfagan la inteligencia madura y suspicaz de sus hijos cultos, y las condiciones reducidas para la ayuda y respeto de los demás

pueblos, y permitan, en vez de entrabar, el desarrollo pleno y término rápido de la guerra fatalmente necesaria a la felicidad pública. Desde sus raíces se ha de constituir la patria con formas viables, y de sí propias nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no lo conduzca a las parcialidades o a la tiranía. Sin atentar, con desordenado concepto de su deber, al uso de las facultades íntegras de constitución, con que se ordenen y acomoden, en su responsabilidad peculiar ante el mundo contemporáneo, liberal e impaciente, los elementos expertos y novicios, por igual movidos de ímpetu ejecutivo y pureza ideal, que con nobleza idéntica, y el título inexpugnable de su sangre, se lanzan, tras el alma y guía de los primeros héroes, a abrir a la humanidad una República trabajadora; sólo es lícito al Partido Revolucionario Cubano declarar su fe en que la revolución ha de hallar formas que le aseguren, en la unidad y vigor indispensables a una guerra culta, el entusiasmo de los cubanos, la confianza de los españoles y la amistad del mundo. Conocer y fijar la realidad; comprender el molde natural, la realidad de las ideas que producen y apagan los hechos, y la de los hechos que nacen de las ideas; ordenar la revolución del decoro, el sacrificio y la cultura de modo que no quede el decoro de un solo hombre lastimado, ni el sacrificio parezca inútil a un solo cubano, ni la revolución inferior a la cultura del país, no a la extranjeriza y desautorizada cultura que se enajena el respeto de los hombres viriles por la ineficacia de los resultados y el contraste lastimoso entre la poquedad real y la arrogancia de sus estériles poseedores, sino al profundo conocimiento de la labor del hombre en el rescate y sostén de su dignidad: ésos son los deberes y los intentos de la Revolución. Ella se registrá de mo-

do que la guerra, pujante y capaz, dé pronto casa firme a la nueva República.

La guerra sana y vigorosa desde el nacer con que hoy reanuda Cuba, con todas las ventajas de su experiencia, y la victoria asegurada a las determinaciones finales, el esfuerzo excelso, jamás recordado sin unión, de sus inmarcesibles héroes, no es sólo hoy el piadoso anhelo de dar vida plena al pueblo que, bajo la inmoralidad y ocupación creciente de un amo inepto, desmigaja o pierde su fuerza superior en la patria sofocada o en los destierros esparcidos. Ni es la guerra insuficiente prurito de conquistar a Cuba con el sacrificio tentador, la independencia política, que sin derecho pediría a los cubanos su brazo si con ella no fuese la esperanza de crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres y la paz del trabajo. La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la República moral en América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo. ¡Apenas podría creerse que con semejantes mártires, y tal porvenir hubiera cubanos que atasen a Cuba a la monarquía podrida y aldeaña de España, y a su miseria inerte y viciosa!

A la revolución cumplirá mañana el deber de ex-

plicar de nuevo al país y a las naciones las causas locales, y de idea e interés universal, con que para el adelanto y servicio de la humanidad reanuda el pueblo emancipador de Yara y de Guáimaro una guerra digna del respeto de sus enemigos y el apoyo de los pueblos, por el rígido concepto del derecho del hombre, y su aborrecimiento de la venganza estéril y la devastación inútil. Hoy, al proclamar desde el umbral de la tierra venerada el espíritu y doctrinas que produjeron y alientan la guerra entera y humanitaria en que se une aún más el pueblo de Cuba, invencible e indivisible, séanos lícito invocar, como guía y ayuda de nuestro pueblo, a los magnánimos fundadores, cuya labor renueva el país agradecido, y al honor, que ha de impedir a los cubanos herir, de palabra o de obra, a los que mueran por ella. Y al declarar así, en nombre de la patria, y deponer ante ella y ante su libre facultad de constitución la obra idéntica de dos generaciones, suscriben juntos la declaración, por la responsabilidad común de su representación, y en muestra de unidad y solidez de la revolución cubana, el delegado del Partido Revolucionario Cubano, creado para ordenar y auxiliar la guerra actual, y el general en jefe electo en él por todos los miembros activos del Ejército Libertador.—Montecristi, 25 de marzo de 1895.—*José Martí, M. Gómez.*

* * *

A MANUEL MERCADO

Campamento Dos Ríos, 18 de mayo de 1895.

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir; ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto le quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy y haré es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para logradas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos—como ese de usted y mío—más virtualmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con *nuestra sangre estamos cegando*, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al norte revuelto y brutal, que los desprecia, les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio que se hace en bien inmediato y de ellos.

Vivi en el monstruo y le conozco las entrañas; y mi honda es la de David. Ahora mismo, pocos días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del *Herald*, que me sacó de la hamaca en un rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le piden sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantenga o les cree, en premio de su oficio de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante, la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país, la masa inteligente y creadora de blancos y de negros.

Y de más me habla el corresponsal del *Herald*, Eugenio Bryson: de un sindicato yanqui—que no será—, y con garantía de las Aduanas, harto empeñadas con los rapaces bancos españoles, para que quede asidero a los del norte; incapacitado oportunamente por su entrabada y compleja constitución política, para emprender o apoyar la idea como obra de gobierno. Y de más me habló Bryson, aunque la certeza de la conversación que me refería sólo la puede comprender quien conozca de cerca el brío con que hemos levantado la Revolución, el desorden, desgano y mala paga del ejército novicio español, y la incapacidad de España para allegar en Cuba o afuera los recursos contra la guerra, que en la vez anterior sólo sacó de Cuba. Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dió a entender éste que, sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos. Aún me habló Bry-

son más: de un conocido maestro y de lo que en el norte se le cuida, como candidato de los Estados Unidos para cuando el actual presidente desaparezca, a la Presidencia de México. Por acá yo liago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas, a que sólo daría relativo poder su alianza con el Gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aun contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos; que jamás la aceptarán de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana.

Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar a tiempo a quien lo defiende? Si lo hallará, y yo se lo hallaré. Esto es muerte o vida, y no cabe errar. El modo discreto es lo único que se ha de ver. Ya yo lo había hallado y propuesto. Pero he de tener más autoridad en mí, o de saber quién la tiene, antes de obrar o aconsejar. Acabo de llegar. Puede aún tardar dos meses, si ha de ser real y estable la constitución de nuestro Gobierno, útil y sencillo. Nuestra alma es una, y la sé, y la voluntad del país; pero estas cosas son siempre obra de relación, momento y acomodos. Con la representación que tengo, no quiero hacer nada que parezca extensión caprichosa de ella.

Llegué, con el general Máximo Gómez y cuatro más, en un bote, en que llevé el remo de proa bajo el temporal, a una pedrera desconocida de nuestras playas; cargué catorce días, a pie, por espinas y alturas, un morral y mi rifle; alzamos gente a nuestro paso; siempre con la benevolencia de las almas la raíz de este cariño mío a la pena del hombre y a la

justicia de remediarla; los campos son nuestros sin disputa, a tal punto, que en un mes sólo he podido oír un fuego; y a las puertas de las ciudades, o ganamos una victoria, o pasamos revista, ante entusiasmo parecido al fuego religioso, a tres mil almas; seguimos camino al centro de la Isla, a deponer yo ante la Revolución que he hecho alzar, la autoridad que la emigración me dió, y se acató adentro; y debo convocar, conforme a su estado nuevo, una Asamblea de delegados del pueblo cubano visible, de los revolucionarios en armas. La Revolución desea plena libertad en el espíritu, sin las trabas que antes le opuso una Cámara sin sanción real, o la suspicacia de una juventud celosa de su republicanismo, o los celos y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor; pero quiere la Revolución a la vez sucinta y respetable representación republicana; la misma alma de humanidad y decoro llena del anhelo de la dignidad individual, en la representación de la República que la que empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios. Por mí, entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve, o sea ella, y sí como se encienden los corazones, y como se aprovecha para el revuelo interesante y la acometida el estado fogoso y satisfactorio de los corazones. Pero en cuanto a formas, caben muchas ideas; y las cosas de hombres, hombres son quienes las hacen.

Me conoce: en mí, sólo defenderé lo que tengo yo por garantía o servicio de la Revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecerá mi pensamiento, ni me agriará mi oscuridad. Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúmplame esto a mí o a otros.

Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que sólo la emisión de este deber pudo alzar de la muerte apetecida al hombre que

ahora que Nájera no vive, donde se le vea, mejor lo conoce, y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que usted lo enorgullece.

Ya sé sus regaños, callados, después de mi viaje. ¡Y tanto que le dimos, de toda nuestra alma, y callado él! ¡Qué engaño es éste y qué alma tan encalecida la suya, que el tributo y la honra de nuestro afecto no ha podido hacerle escribir una carta más sobre el papel de carta y de periódico que llena al día!

Hay afectos de tan delicada honestidad... (1)

(1) No se ha podido averiguar, ni el general en jefe lo sabía tampoco, por qué Martí, que comenzó a escribir esta carta el 18 de mayo, no la terminó ese mismo día. Suponía el general, y es probable que así fuera, que la llegada del general Masó al campamento hizo que el apóstol suspendiera la escritura, para continuarla más adelante.

A FEDERICO ENRIQUEZ Y CARVAJAL

Montecristi, marzo 25 de 1895.

Amigo y hermano: Tales responsabilidades suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo y viven para aumentarle el albedrío y decoro, que la expresión queda como vedada e infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al contestar, en el pórtico de un gran deber, su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo, y me dió la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber que nos la ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos y sienten con entrañas de nación o de humanidad. Y queda, después de cambiar mano con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar, después de ganar, en causa justa una buena batalla. De la preocupación real de mi espíritu, porque usted me la adivina entera, no le hablo de propósito. Escribo, conmovido,

en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va a quedar, hoy mismo acaso, abandonado. Lo menos que, en agradecimiento de esa virtud, puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte, si nos espera en la tierra o en el mar, en compañía del que, por la obra de mis manos y al respeto de la propia suya y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorada y feliz a pisar, con una mano de valientes, la patria cuajada de enemigos. De vergüenza me iba muriendo—aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como afuera—, cuando creí que en tamaño riesgo pudieran llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir, con cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir, y no empezó por poner en riesgo su vida.

Donde esté mi deber mayor, adentro o afuera, allí estaré yo. Acaso me sea dable u obligatorio, según hasta hoy parece, cumplir ambos. Acaso pueda contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la Revolución y a la seguridad de la República.

La dificultad de nuestras guerras de independencia, y la razón de lo lento e imperfecto de su eficacia, ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente a la naturaleza humana, en la falta de forma que a la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra y las prácticas y personas de la guerra. La otra dificultad de que nuestros pueblos ajenos y literarios no han salido aún, es la de

combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno que, sin descontentar a la inteligencia primada del país, contengan—y permitan el desarrollo natural y ascendente—a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aún cuando fuera bello y generoso, llevara a la anarquía o a la tiranía.

Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable al sacrificio; hay que hacer viable e inexpugnable a la guerra: si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella: si me manda, clavándome el alma,irme lejos de los que mueren *como yo sabría morir*, también tendré ese valor. Quien piensa en sí no ama a la patria: y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimulen sutilmente, en los estorbos o nrisas que el interés de sus representantes ponen al curso natural de los sucesos. De mí espere la deposición absoluta y continua.

Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. *Para mí ya es hora*. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos, usted con sus canas juveniles, y yo, a rastras, con mi corazón roto.

De Santo Domingo, ¿por qué no le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? Usted no es cubano, ¿y hay quien lo sea mejor que usted? ¿Y Gómez, no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelto?

¿No fué mia, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpitó a la voz de usted en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello, y va con aquello. Yo obedezco, y aún diré que acato, como superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

Me arranco de usted, y le dejo con mi abrazo entrañable el ruego de que en mi nombre, que sólo vale por ser hoy el de mi Patria, agradezca por hoy, y para mañana, cuanta justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama, le digo en un gran grito, ¡hermano! Y no tengo más hermanos que los que me la aman.

Adiós, y a mis nobles e indulgentes amigos. Debo a usted un goce de altura y de limpieza en lo áspero y feo de este universo humano. Levante bien la voz: que si caigo, será también por la independencia de su Patria.—*José Martí.*

FIN